

Revista de **FOLKLORE**

Fundación Joaquín Díaz



Editorial	3
Joaquín Díaz	
Los estudios de alfarería popular en Castilla y León.....	4
Antonio Bellido Blanco	
Trasfondo medieval de los relatos acerca de <i>gauchos matreros pero</i>	29
<i>milagreros</i> (República Argentina, siglos XIX- XXI)	
Margarita E. Gentile	
El cultivo de la vid en Guadalix de la Sierra (Madrid)	47
José Manuel Fraile Gil	
De la gramática	60
Justino Rodríguez	

SUMARIO

Revista de Folklore número 381 – Noviembre de 2013
 Portada: Un gaucho - Dibujo de Jules A. Lavée / Grabado de Bertrand
 Dirige la Revista de Folklore: Joaquín Díaz
 Edición digital, diseño y maquetación: Luis Vincent
 Fundación Joaquín Díaz - <http://www.funjdiaz.net/folklore/>
 ISSN: 0211-1810
 Patrocinado por la Obra Social y Cultural de Caja España / Caja Duero

Caja España 

Caja Duero 

La palabra burguesía hace referencia históricamente al colectivo de personas que vivían en las ciudades, en los burgos, durante la Edad Media y que habían conseguido liberarse de las cargas de la servidumbre tras un período de tiempo de estancia en la ciudad: «El aire de la ciudad te hará libre después de un año y un día», se decía, aceptando una norma consuetudinaria por cuyas cláusulas una persona podía pasar de la esclavitud a la libertad si se establecía en un nuevo núcleo de población y no era reclamado en ese tiempo por su señor. Es evidente que esta clase de burguesía no tiene mucho que ver con la del siglo XIX que da origen a una nueva época que en muchos casos es la nuestra, pero cabría establecer una similitud entre ambos términos si tenemos en cuenta que en ese siglo todavía se conocía la esclavitud del dinero —la posición económica, se llamaba entonces— y que la liberación progresiva del injusto yugo vendría a suponer un nuevo estatus para muchas personas que pasarían del campo a la ciudad con la aspiración de crearse un futuro en un entorno aparentemente más libre.

Podría hablarse de varios tipos de burguesía en la España del siglo XIX: la alta burguesía, compuesta por hacendados y propietarios (generalmente poseedores de grandes extensiones de suelo rústico procedentes de las desamortizaciones), y por grandes industriales; la burguesía media, integrada por agricultores cuya renta les permitía vivir en la ciudad, por comerciantes fuertes y por profesionales de determinados oficios denominados liberales como abogados, ingenieros, médicos, etc., cuyos ingresos doblaban por lo general los de cualquier integrante de la pequeña burguesía, constituida habitualmente por artesanos, comerciantes con negocios familiares y trabajadores y obreros de las fábricas e industrias, pequeñoburgueses en sus gustos pero proletarios en su economía. No sería ningún disparate afirmar que muchas ciudades españolas tuvieron durante la segunda parte del siglo XIX una clase única, al menos en sus aspiraciones, que podrían resumirse en los siguientes lugares comunes: mejora de la salud e higiene, deseo de prosperar gracias al trabajo regulado y remunerado, diversiones para todos (café, teatros, espectáculos), tiranía de las modas (presumir imitando a las ciudades elegantes) y prosperidad moderada de un nuevo modelo de comercio basado en una seriedad insólita y en un compromiso con la calidad.

Sin embargo, esa burguesía, que con sus aspiraciones transforma y mejora urbanísticamente las ciudades decimonónicas, fracasa en su ideario —si es que llega a tenerlo—, renunciando a su papel integrador o aglutinador de clases sociales o dejándose dominar por costumbres tan profundamente arraigadas en todas esas clases que darán como resultado una cada vez menor influencia en el cuerpo de la sociedad.

EDITORIAL

LOS ESTUDIOS DE ALFARERÍA POPULAR EN CASTILLA Y LEÓN*

Antonio Bellido Blanco

A la memoria de Luis Cortés, que empezó a tirar del hilo

Si la cerámica tiene una presencia constante en la vida diaria de los humanos desde tiempos prehistóricos, esa misma cotidianidad ha hecho que los alfares contemporáneos no merecieran ninguna atención ya hasta el siglo xx, justo cuando empezaba a decaer su demanda y se iban apagando sus hornos. El primer estudio que se ocupó de la alfarería en tierras de Castilla y León se publicó hace ochenta años y desde entonces, como vamos a ver, han sido numerosos los autores que han ido dibujando el panorama de la cerámica tradicional.

1. Los precursores

La primera publicación que debemos reseñar aquí es el artículo escrito por **Rafael Navarro** en 1935 sobre la cerámica de Palencia y León. Su análisis comienza aseverando la continuidad e inmutabilidad de la cerámica, que era «**fabricada en los alfares rústicos, con técnicas y tradiciones primitivas, perpetuadas a través de los siglos, llegada sin grandes modificaciones hasta nuestros días, salvo la desaparición de algunos tipos eliminados de la producción por el progreso de los mismos**» (Navarro 1935: 98).

Esta ligazón a través del tiempo le permite enlazar los tipos cerámicos que se conservaban entonces con lo hallado en yacimientos «preibéricos, ibéricos, celtibéricos e iberorromanos» conocidos en Palencia y otras zonas cercanas. En especial, marca dos referentes principales. Por un lado, «las decoraciones multicoloreadas son el resultado de las influencias musulmanas u orientales», al tiempo que encuentra como «características celtibéricas: paredes gruesas en las vasijas; decoración incisa de líneas, círculos y espirales; siluetas animales y vegetales; símbolos y colores lisos».

Una vez establecido este marco previo, continúa definiendo un esbozo de tipología y alude a las botijas del valle de Cerrato, el cántaro y los botijos de Astudillo, las escudillas de pastor de Baltanás, las escudillas del valle de Esgueva, los tarros de botica de tierra de Sahagún, la vajilla de novia de tierra de Guardo y Besande, el jarro de vino de Palencia, especieros de tres senos, aceiteras de Prádanos de Ojeda, tarolas, babosas, cazuelas de beber vino y cántaras de la ciudad de Palencia. Alude, a continuación, a la dificultad de identificar platos, fuentes y medias fuentes propios de este territorio por la importación de vajillas andaluzas, levantinas y toledanas; aunque reconoce unos platos y fuentes gruesos y toscos, típicos de la zona leonesa. **De manera más escueta enumera una serie de vasijas, entre las que se encuentran la orza majadera, la olla de miel, pucheros y ollas, el botijo de Alar del Rey, el tarro de vino, la jarra de monja, el jarro de barba, el botijo de aguardiente, los cántaros, la cuartilla, los barreños y lebrillos, la olla de panadero, el herradón de ordeñar, las tinajas y el pitón o jarro de León.**

Remata su texto con referencias generales a las arcillas y engobes usados, así como las faenas de trabajo para elaborar el barro, la labor en el torno, el barniz y el enhornado. Aunque no lo explicita,

* He de agradecer sus comentarios e ideas, además del préstamo de libros, a Enrique Echevarría.

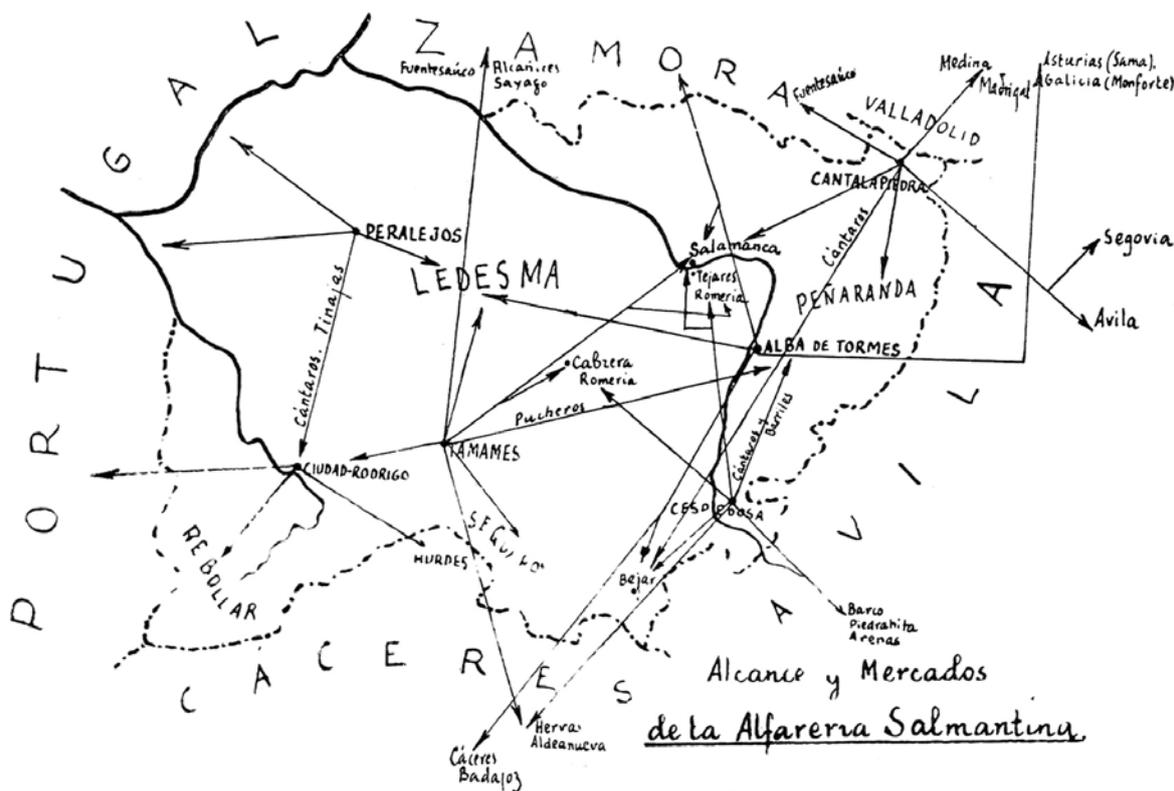
parece que las vasijas que ha visto y comenta en su trabajo proceden de las colecciones del Museo del Pueblo Español. Finalmente, pese a la brevedad de esta incursión en la alfarería popular, resaltan las alusiones a que se trata de una artesanía en proceso de desaparición y que ya en esos años se está viendo cómo se pierden algunos tipos de vasijas y también talleres.

Han de transcurrir dos décadas, hasta que surge la figura de **Luis Cortés**, para interesarse por las alfarerías del área salmantina. Uno de los grandes valores de este investigador es el trabajo de campo que realiza directamente en los centros de producción, observando y documentando la faena de los artesanos, hablando con ellos y considerando todas las labores que se han de acometer hasta la venta.

Su libro de 1953 está dedicado a los alfares salmantinos, en concreto de Alba de Tormes, Cantalapiedra, Cespedosa de Tormes, Peralejos de Abajo y Tamames de la Sierra, junto los de Ciudad Rodrigo, El Bodón, Vitigudino y Villavieja de Yeltes, que considera secundarios. Como extinguidos da los de Barruecopardo, Fuenteguinaldo y Salamanca capital. La aparente decadencia de esta artesanía queda anulada cuando compara la situación de entonces con la que reflejaba un siglo antes el *Diccionario Geográfico* de Madoz, por más que reconozca la escasa rentabilidad económica de esta dedicación.

Luis Cortés documenta que la alfarería «viva en una pureza y verdad, al par que en un primitivismo ejemplar, manteniendo sus usos domésticos y sin que se haya caído en seguir las demandas de los turistas u otras modas que la conduzcan a reducirse a elementos decorativos».

La descripción de los tipos elaborados en cada localidad permite distinguir cierta especialización y múltiples diferencias entre ellas. Explica, por ejemplo, cómo las piezas de Cespedosa son las mejores de la provincia para el agua, gracias a la porosidad de su barro, y de hecho para uso en el fuego se utilizan pucheros traídos desde Alba de Tormes y, sobre todo, Tamames. Al mismo tiempo, la vajilla de Alba es, por su vistosidad y decoración, la más utilizada en los servicios de mesa.



Mapa con la comercialización de la alfarería salmantina según Cortés (1953)

Pero la parte principal del estudio se estructura en torno a la elaboración de los cacharros (aquí destaca su preocupación por transcribir el léxico propio de cada localidad): recogida del barro (propiedad de las vetas y manera de extracción), preparación (oreado, molienda, sobado, colado), modelado (llega a controlar el tiempo que toma un alfarero habilidoso para realizar un cántaro), decoración y vidriado (destaca cómo en Cespedosa, aunque el general de la decoración es exclusivamente vegetal, una alfarera se sale de la norma e incluye el dibujo de una pájara), secado y cochura (incluye un interesante ejemplo del tipo y número de piezas que se colocan en una hornada de un alfar de Alba de Tormes) y termina con la venta de los cacharros (refiriendo las vías de salida y los mercados principales de cada centro). En este último punto plantea temas como la ventaja de disponer de ferrocarril en la localidad, el caso de la cooperativa fundada en Alba de Tormes y la falta de almacenes donde guardar la producción (lo que obliga a vender con rapidez para dejar sitio en el taller para la siguiente hornada), la importancia de acudir a las romerías para dar salida a su mercancía. Muestra además el repertorio de vasijas hechas en los alfares salmantinos, marcando las particularidades que diferencian a cada localidad.

Otra de las facultades del libro es el amplio apéndice fotográfico (junto a dibujos), de enorme riqueza testimonial y gran detalle en lo que hace referencia a los numerosos aspectos tratados. La calidad de la obra representa un enorme salto cualitativo en los estudios cerámicos y marca una referencia fundamental para toda la península ibérica.

Al año siguiente, en 1954, aborda Luis Cortés su estudio sobre Pereruela. Comienza destacando la continuidad en este «pueblo enteramente alfarero» desde al menos el siglo XIX, con distintas alusiones históricas a sus cacharros, pero pasa enseguida a centrarse en lo documentado en el pueblo zamorano gracias a su trato directo con las alfareras. Al hablar de las piezas trabajadas, destaca que para los recipientes que han de contener agua los vecinos recurren a cerámicas traídas de fuera, en especial de Moveros, lo que refleja la existencia de una especialización que atribuye al tipo de arcilla y también al procedimiento de trabajo (el urdido).

Sus referencias al reparto de tareas entre las mujeres y sus maridos resultan sumamente interesantes por su discrepancia con lo que ocurre en los alfares salmantinos y por la necesidad de que exista una unidad familiar para desarrollar todas las fases de la producción, a costa de que la mujer sin marido deba vender sus cacharros en crudo a quienes disponen de horno. Destaca además que esta artesanía, pese a su generalización, recibe una dedicación ocasional que se somete a la prioridad de las faenas agrícolas y al clima. Se refiere al aprendizaje del oficio y describe con minuciosidad el modo de trabajo, acompañándolo además de abundantes fotografías, desde la extracción de la arcilla a la comercialización de los cacharros (incluye dibujos de los cacharos que hacen, así como de la rueda y el horno).

El apartado dedicado a la venta de los cacharros señala atinadamente las zonas hasta donde llega la venta directa y da pie a una crítica sobre los perjuicios que para los locales supone la reventa que se hace de sus productos desde Zamora capital para distribuirlos por buena parte de España.

El interés por las alfarerías femeninas lleva a Luis Cortés hasta Moveros en 1958, donde encuentra similitudes con Pereruela en el modo de trabajo, si bien «**Moveros representa un estadio más avanzado y sumamente notable**». Su principal diferencia se daría en el repertorio de piezas volcado solo en las dedicadas al agua, puesto que no aguantan la exposición al fuego. El esquema de este trabajo es similar al de los anteriores, organizándose en torno a las faenas de trabajo.

Tras estos estudios notables y pioneros, deja Luis Cortés de ocuparse de las alfarerías hasta que en 1987 edita un nuevo libro que en esta ocasión aprovecha lo realizado anteriormente, lo actualiza y lo

amplía hasta la provincia de León. Por más que pertenezca a un contexto historiográfico distinto, no podemos dejar de incluirlo junto a las otras obras del mismo autor, puesto que su método de trabajo sigue siendo idéntico al de años antes, con abundante trabajo de campo y visitas a los artesanos en sus obradores (que fecha en 1974, 1976 y 1982). En este momento, la situación ha cambiado para la alfarería y señala «la decadencia acusada de la actividad alfarera en toda la región, y ello, aunque parezca paradójico, en el momento en que más atención se le presta, mayor simpatía suscita y, lo que es más importante, resulta remuneradora y goza de una consideración artística de la que, sin duda, no gozó en modo alguno en el pasado». Lo que en sus artículos de los años cincuenta era un reconocimiento del auge de la alfarería salmantina en relación al pasado siglo XIX, queda convertido en 1981 en un lamento por una artesanía que se agota y desaparece con la muerte de sus últimos artífices. Aparte de las referencias a la disminución del número de alfares, realiza varias alusiones al movimiento de alfareros e identifica el origen de la alfarería de Venialbo en la localidad de Cantalapiedra, de la de Carrizo de la Ribera en Jiménez de Jamuz y de la de Villar de Peralonso en Peralejos de Abajo.

Comienza creando dos grandes bloques en su obra y separando las alfarerías femeninas que encuentra en solo tres localidades zamoranas del resto de talleres, con torno alto y trabajo masculino. Y, dentro de esas secciones, sigue su habitual desgranado de las tareas alfareras. Todo, como siempre en Luis Cortés, con abundante apoyo gráfico y un apéndice con vocabulario alfarero.

Un eslabón perdido del estudio de la alfarería regional es la tesis de **Ignacio Sánchez López** sobre el habla de Medina del Campo (Valladolid) realizada en 1965. Uno de sus capítulos estaba dedicado al alfar local y solo quince años después vio la luz esta parte en la *Revista de Folklore*. Cuando realizó su trabajo de campo aún encontró en activo a dos artesanos. Recoge los detalles del proceso de trabajo desde la recogida del barro a la cocción y describe brevemente las piezas que salían de esta localidad. Ilustra todo lo relativo al trabajo del alfarero y a los tipos de vasijas. Se alude también a la comercialización y a las causas de su declive frente a la competencia de otros alfares.

2. El reconocimiento de la alfarería popular en España

Pese a la aparente prosperidad que veía Luis Cortés en la alfarería durante los años cincuenta, los años sesenta marcan un acentuado punto de inflexión que está determinado por el éxodo rural y la modernización de España. Parece que en todo ello fue determinante el Plan de Estabilización de 1959, cristalizando en el segundo lustro de los sesenta y el primero de los setenta, cuando se transforma radicalmente la estructura agraria del país y se introducen muchas novedades en las hasta entonces bastante estacionarias comunidades rurales. Muchos alfares se abandonan ante el empuje de nuevos materiales como el plástico y del uso de butano en la cocina. En este contexto surge el interés por coleccionar piezas de cerámica tradicional y por estudiar los alfares.

A partir de los años setenta se aprecia un cambio en la percepción y la valoración que se tiene de la cerámica. Un buen ejemplo de ello, y que sobresale especialmente por la escasez de publicaciones previas, es el trabajo de **Josep Llorens Artigas** y **José Corredor-Matheos** editado en 1970. A pesar de abarcar toda España, destaca por abordar un extenso trabajo de campo que lleva a los autores (y al fotógrafo Francesc Català Roca) por numerosos alfares. En tierras castellanas y leonesas reseñan los de Alba de Tormes, Tamames de la Sierra, Cespadosa de Tormes, Cantalapiedra, Peralejos de Abajo, Ciudad Rodrigo, El Bodón y Vitigudino (Salamanca); Moveros, Pereruela, Carbellino, Toro y Venialbo (Zamora); Alaejos, Arrabal de Portillo y Peñafiel (Valladolid); Astudillo (Palencia); Jiménez de Jamuz (León); Cebreros, Piedrahita y Tiñosillos (Ávila); Tajueco (Soria) y Aranda de Duero (Burgos).

Su exhaustivo repaso a los centros de producción aún activos en esos años les conduce a elaborar un estado general que recoge, de manera desigual según las localidades, tipos de vasijas producidas, motivos y técnicas decorativas aplicadas y datos sobre la comercialización de las piezas. Se alude a alfareros concretos, con los que han tenido contacto directo, y se valoran los cambios producidos en los últimos años en el tipo de productos elaborados. Así ocurre, por ejemplo, con Francisco García Martín que es el único alfarero de Tamames de la Sierra que ha introducido motivos decorativos (en una localidad donde lo normal son los cacharros lisos), lo que —dice con orgullo— le valió en 1943 un diploma de honor de la Delegación de Sindicatos.

Entre sus valoraciones en torno a la situación de la alfarería, para el caso de Alba de Tormes afirman que el paso del tiempo desde 1953 (momento del estudio de Luis Cortés) ha hecho que las vasijas ya no hayan sido **«creadas por el pueblo y para el pueblo»**, sino que su destinatario principal ha cambiado. Y un poco más adelante aluden a Aniano Pérez Gómez, a quien pertenecían piezas que habían visto en unos grandes almacenes madrileños. Las novedades han determinado que tipos antes solo elaborados por encargo pasen a ser muy demandados por el turismo (como la jarra de trampa y la botella de mesa en Tamames) y también una evolución hacia el mayor abarrocamiento y complicación de las piezas. Para Arrabal de Portillo llegan a decir que los tipos producidos son similares a los de otros muchos alfares, independientemente de su localización: la misma «artesanía que tan bien conocemos por verla repetida por todas partes». Inciden en lo negativo de estas piezas hasta el punto de afirmar que «resulta casi increíble cómo pueden llegar a difundirse tantos objetos de tan mal gusto».

En cualquier caso, lo más ostensible es, en el caso de las localidades salmantinas donde es posible comparar con lo que Luis Cortés encontró en 1953, una desoladora disminución del número de alfares que apuntaba a su inminente desaparición.

También en 1971 un equipo de especialistas, dirigidos por **Rudigüer Vossen**, realiza un abundante trabajo de campo por toda España (subvencionado por la Fundación Alemana de Investigaciones Científicas) que cristaliza en una exposición que tuvo lugar en el Museo Etnológico de Hamburgo en 1972. Fruto de todo ello fue la recogida de una colección de unas 3.000 piezas, que hoy se conserva en ese museo. Al mismo tiempo, el éxito de su labor les permitió continuar en 1973 y que los resultados vieran la luz en un libro de 1975.

Su *Guía de los alfares de España* reconoce 233 centros alfareros activos en toda España en 1973, de los que 28 corresponden a la actual Castilla y León. El contenido se reduce a un listado de los artesanos que trabajan en cada localidad, con una breve reseña que describe su producción y fotografías de algunos de los artífices o sus labores.

Incluyen un informe sobre la situación de la cerámica popular española, en el que destacan el elevado valor de esta manifestación de arte popular y reseñan algunas causas de su situación crítica, puesto que «el número de alfares está disminuyendo tan aceleradamente que España corre el riesgo de perder esta tradición artística y cultural en pocos años». **Entre las causas, se incluye la competencia de productos industriales producidos en serie, la pérdida de valor utilitario de algunas vasijas, la inexistencia de apoyo oficial a esta artesanía, la grave situación económica y social de los alfareros que les lleva al abandono del oficio, la ausencia de centros de formación, el bajo nivel de precios de la mercancía y la escasez de museos con colecciones representativas del arte popular.**

Con un carácter más divulgativo, aunque no exento de interés, puede considerarse la obra de **Carmen Nonell**. Basándose en la bibliografía previa, se centra en mencionar las producciones más características de los alfares localizados en Piedralavés (Ávila); Jiménez de Jamuz (León); Astudillo (Palencia); Alba de Tormes, Tamames, Ciudad Rodrigo (Salamanca); Segovia ciudad; Alaejos, Portillo

(Valladolid); Moveros y Pereruela (Zamora). Las pocas vasijas que aparecen registradas en fotografías destacan su valor artístico por encima de otros aspectos. El carácter de esta publicación queda retratado en que, como el resto de guías editadas por Everest, fue declarada «Libro de interés turístico» por el Ministerio de Información y Turismo.

En 1976 presenta **Natacha Seseña** su estudio sobre los barros de España y recoge los centros conocidos indicando las características más significativas de sus producciones, tanto en formas como decoración. Se centra en Salamanca y Zamora, mientras que fuera de estas provincias se refiere sucintamente a los obradores ya desaparecidos. Una actualización de este trabajo sería su libro de 1997.

Igual que los libros anteriores, **Emili Sempere** presenta en 1982 una imagen general de las alfarerías españolas (en este caso sumando las portuguesas). Del mismo modo precede el repaso a los alfares de un análisis técnico sobre los modos de trabajo. En este primer apartado manifiesta una importante voluntad de organizar las alfarerías según diversos criterios que pueden influir en los tipos y morfologías que se producen en cada zona. Así, considera la composición y granulometría de las arcillas, la técnica de modelado y los diferentes hornos.

Los alfares recogidos repiten en parte el listado de Llorens y Corredor-Matheos, si bien incorporan Villar de Peralonso (Salamanca); Carrizo de la Rivera (León); Alaejos, Aldeamayor de San Martín, Valladolid ciudad, Tiedra y Tudela de Duero (Valladolid); Mombledrán (Ávila); Coca, Lastras de Cuéllar y Fresno de Cantespino (Segovia). Una vez más, se presenta en cada caso el listado de piezas elaboradas, junto a detalles sobre las características de los hornos y la procedencia de las arcillas utilizadas. En todas las localidades se presta atención a indicar la dirección donde se puede localizar a los artesanos. Tampoco faltan en ocasiones referencias a las zonas de comercialización ni las referencias a la situación de esta artesanía en los años previos a la Guerra Civil en muchas poblaciones, así como a centros recientemente desaparecidos.

Muchas veces se hace hincapié en señalar las relaciones entre alfares de distintas localidades, aunque sobre criterios formales y de aspecto, y solo excepcionalmente se llega a referir si ha existido movimiento de los artesanos. Tal sería el caso de un obrador de Aldeamayor de San Martín, de otro de la ciudad de Valladolid y de alguno identificado en Tudela de Duero, todos ellos surgidos a partir de Arrabal de Portillo. Lo mismo ocurre en el alfarero de Villar de Peralonso, que tiene su origen en Peralejos de Abajo (y resulta muy similar a Vitigudino) y en el de Carrizo de la Ribera, procedente de Jiménez de Jamuz.

En este trabajo, destaca la constante mención a la Feria de Cerámica de Zamora que en los años setenta se convirtió en un referente fundamental para encontrar a los alfareros y para dar salida a su producción, hasta el punto de «que los alfareros de esta zona se están percatando de la trascendencia de su trabajo y el descontento que se respiraba no hace mucho, está transformándose en esperanza en el futuro para unas cuantas familias».

3. Estudios locales y provinciales en los setenta y ochenta

El interés por la alfarería tiene su manifestación dentro de Castilla y León en tres vertientes distintas. Por un lado están los estudios locales nacidos de la mano de distintos eruditos, como Herminio Ramos o José Delfín Val; por otro hay publicaciones vinculadas al ámbito universitario y de instituciones científicas y, en tercer lugar, están los trabajos financiados o surgidos en torno al nacimiento de la autonomía de Castilla y León.

3. 1. Estudios de especialistas locales

El primero de los estudiosos locales es **Herminio Ramos Pérez**, que ve potenciado su papel en relación a la alfarería zamorana gracias a su cargo de concejal en la capital a partir de 1971, desde el que se hace cargo de los temas de cultura del Ayuntamiento. Ello le permite en 1972 organizar la primera Feria Nacional de Cerámica Popular, que se convierte en un modelo dentro del ámbito nacional.

Su primer libro, en 1976, lo dedica a las alfarerías activas de Zamora, que entonces eran las de Pereruela, Moveros, Venialbo, Toro, Carbellino, El Perdigón y Junquera de Tera. Un primer dato sobre el concepto que se tiene de esta artesanía se puede encontrar en el prólogo de Rosa Martínez de Lahidalga, donde se señala que han existido diferentes influjos que la cerámica ha ido recibiendo durante cerca de dos milenios, aunque «pese a estas y otras influencias registradas, la cerámica popular ha permanecido en su mayor parte a través de los siglos fiel, tanto en formas como en decoración, a la tradición y a la exigencia de los gustos locales». Por más que «sería erróneo pensar, sin embargo, que la colectividad y sus tradiciones han contribuido a hacer del arte popular un arte estático e impersonal». También Rosa Martínez destaca del libro cómo analiza las influencias estilísticas que se han ido incorporando al tiempo que se mantenían formas invariables durante numerosos siglos.

Reconoce Herminio Ramos que la alfarería se encuentra en un momento de incertidumbre tanto por los cambios que marca la moda en la producción como por el envejecimiento de los artesanos y la falta de un remplazo generacional. Propone dos soluciones: la creación de una Escuela de Cerámica en Zamora y la revalorización de los productos cerámicos. En su repaso a los alfares sigue un esquema semejante al de Luis Cortés, relatando las distintas fases de trabajo y describiendo las formas producidas, aunque con un mayor detalle en sus usos. En casi todos los centros aporta una interesante documentación de 1936 y 1940 sobre las familias o personas que manejaban la rueda y sobre los precios que tenían entonces algunos de los cacharros producidos, por más que estas referencias no pasen de eso, sin mayor valoración del poder adquisitivo o del coste de otros bienes en esas épocas. En el caso de Moveros, se anota la evolución en los precios con cinco referencias entre 1936 y 1975 y también cuenta con varias listas de las mujeres que trabajan en distintos años. En el caso de El Perdigón, destaca que se trate de un centro creado en 1946 por la llegada de artesanos de Cantalapiedra (Salamanca), según relata Gregorio Cívicos.

Cuatro años después da continuidad a su obra con otro libro en el que explora los alfares de cuatro nuevas localidades: Cibanal de Sayago, Muelas del Pan, Fornillos de Fermoselle y el barrio de Olivares, en Zamora capital. Promete, para más adelante, un segundo volumen relativo a Bradilanes, Alcañices, Villalcampo, Villalpando, San Frontis, Pinillas y otros núcleos de los que solo ha recuperado escasísimas citas. Por desgracia, este trabajo prometido no llegó a editarse.

Los frutos sobre los alfares desaparecidos son más escuetos y se centran en referencias indirectas, ya sea a través del recuerdo de los vecinos más ancianos, ya por las vasijas que se han podido recuperar y que sirven para reconstruir la tipología de cada uno de los centros. Singular se presenta el caso del último alfarero de Cibanal, cuyo hijo se traslada a Fornillos y establece allí su taller, para después emigrar a Suiza en 1963 y abandonar definitivamente el oficio.

También del área zamorana resulta significativo el trabajo que en 1989 publica **Juan Carlos de la Mata** sobre la alfarería de Benavente. Junto a unas breves referencias históricas, rescata el recuerdo de los cuatro últimos artesanos que dejaron el oficio a mediados del siglo xx. Describe lo poco que ha podido saber de las técnicas de trabajo, hace inventario de la tipología producida agrupada por usos y menciona algunos detalles sobre la comercialización. Curiosamente, encontramos aquí la referencia al marcaje de las piezas con las iniciales de los autores.

Otro autor que surge en estos años es **Ramón Manuel Carnero Felipe**, centrado en lo relativo a Pereruela. Su primer trabajo significativo es un catálogo de su alfarería realizado con el apoyo del alfarero Víctor Redondo Tamame en 1986, que se centra en describir los procesos de fabricación y en recoger las formas producidas.

Para el caso de Ávila existe un estudio de 1983 que **Pablo Torres, Carlos Laorden y José M.^a García Merino** redactan con motivo de una exposición celebrada en el Hogar de Ávila en Madrid y que se divide, en función de sus tres autores, en apartados histórico, artístico y socioeconómico. Recoge los centros de Tiñosillos y Mombeltrán, con una producción tradicional, y Arenas de San Pedro y La Adrada, con una producción más cercana a la loza y la porcelana. Además se alude a las últimas hornadas que aún entonces realizaba Remigio Álvarez en Casavieja y a otros alfares abandonados ya en Barco de Ávila, Cebreros, El Tiemblo, Maello, Muñochas y Piedrahita.

Indican en cada centro los alfareros que se mantienen en el oficio, así como las formas que trabajan y algo del proceso de elaboración, en especial el tipo de horno usado. El estudio social de la alfarería alude a la edad de los artesanos, su formación, la maquinaria y la comercialización.

La escueta información de este trabajo se completaría con el texto que **Carmen Padilla** redacta en 1985. Recoge referencias históricas del catastro de Ensenada, de Larruga y Madoz, además de censos industriales del siglo XIX y XX que reflejan la evolución de los distintos centros abulenses. A continuación, lo completa con documentación etnográfica fruto de visitas a Tiñosillos, Muñochas, Cebreros, Mombeltrán, Arenas de San Pedro, La Adrada y Casavieja. Presenta detalles sobre las características de los talleres y los hornos, el modo de trabajo y un amplio catálogo de piezas estructurado por usos (con dibujos y fotografías). Uno de los apartados más interesantes es el referido a las cerámicas vinculadas a fiestas y rituales, así como lo relativo a las bodas y a los cementerios.

Mercedes Cano aborda una perspectiva del conjunto de la artesanía vallisoletana a mediados de los ochenta en la que incluye un apartado sobre la alfarería tradicional. Pese a adoptar una visión de conjunto que le permite introducir datos sobre alfares de otras provincias limítrofes, expone elementos propios de los talleres de Arrabal de Portillo, Alaejos y Tiedra en relación con los procesos de trabajo.

Algo anterior es el libro de **José Delfín Val** sobre el mismo ámbito territorial. A partir de la transcripción de algunas charlas con los cacharrereros de Arrabal de Portillo, explica todo el proceso de trabajo. Aparte, incluye otras entrevistas a los de Tudela de Duero, Tiedra, Valladolid y Alaejos. Recoge diversas alusiones a la comercialización de los cacharros de Portillo y a la evolución en los precios desde 1936. Uno de los elementos más interesantes es el inventario de los artesanos que en 1980 seguían trabajando el barro, con indicación de su origen familiar, continuidad y la ubicación del taller. Los tipos de vasijas se indican someramente, con explicación de su uso pero no de los alfares donde se produce.

También de la alfarería vallisoletana se ocupa en 1989 **José Ignacio Romero**, aunque con un enfoque fuertemente marcado por aspectos tomados de la geografía, como la ecología o la geología. Así, analiza las diferencias entre las arcillas de los distintos barreros de donde toman su materia prima los alfareros de Alaejos, Arrabal de Portillo, Tiedra, Tudela de Duero y Pedrosa del Rey. Otros apartados de su investigación se ocupan de la extracción y preparación del barro, del torneado (con especial atención a la realización del cántaro y el ánfora por parte de Fermín F. Rodríguez Ramos, de Alaejos), la decoración, el secado y la cocción. Incluye una «tipología básica» de las formas elaboradas, si bien sin marcar apenas diferencias entre los distintos alfares, salvo en el caso del cántaro.

Entre lo más interesante de sus conclusiones está la diferenciación entre los obradores de Alaejos y Tiedra, que siguen los modos tradicionales que se encontraban también en Pedrosa, y los de Arrabal,

Tudela y Valladolid ciudad, que se habían modernizado (mecanización de la preparación del barro, torno eléctrico y horno de gasoil o eléctrico) y de ese modo tenían más posibilidades de garantizar su continuidad.

Para el conocimiento de las tierras sorianas resulta fundamental el trabajo que elaboró **José María Martínez Laseca** en 1983. Realiza un recorrido histórico por los alfares de Tajueco y Quintana Redonda, basado sobre todo en el catastro de Ensenada, y apunta los tipos de vasijas que se elaboran. A ello suma algunos comentarios sobre los centros desaparecidos de Almazán, Deza, Soria ciudad y Ágreda, amén de algunos datos sobre Boós y Matamala de Almazán, así como las cerámicas de nueva creación.

Una década después, José Luis Argente y Celestino Colín se sirven de los trabajos de Martínez Laseca y de Fernández Montes y otros para diseñar una exposición sobre la cerámica tradicional en Soria. Incluyen abundantes fotografías y desarrollan lo relativo a los alfareros con piezas de tipología actual (asentados en Soria capital y Pedrajas).

Datos para la alfarería segoviana se pueden encontrar en la *Guía de la Artesanía de la Provincia de Segovia* realizada por **Ignacio Sanz, Luis Domingo Delgado y Claudia de Santos**, donde reconoce un gran número de antiguos centros alfareros, si bien se centran en los alfareros que aún trabajan en Fresno de Cantespino y Coca, exponiendo cómo son sus talleres, la forma de trabajar y enumeran las formas producidas. Incluyen además el taller de Ignacio Sanz y Claudia de Santos en Lastras de Cuéllar.

También sobre Segovia hay una *Guía de la Artesanía* editada por el Ministerio de Industria y Energía en 1981, escrita por **Alonso Zamora y M.ª Teresa Tardío**. Se centra en las localidades con talleres activos, que son Fresno de Cantespino, Coca y Lastras de Cuéllar, para los que presentan imágenes de los artesanos y sus producciones. El texto señala los nombres de los alfareros, algo sobre su trabajo y las piezas elaboradas. También se recogen las fábricas de loza que desde mediados del XIX ha tenido Segovia.

Para Palencia, se cuenta con el trabajo de **Luis Gómez y Félix Pelaz** editado en 1983. Reúnen los datos de mediados del siglo XIX aportados por Miñano sobre los alfares y referencias tomadas de estudios previos. Lo más relevante es la información que proporcionan sobre los alfares de Félix Moreno en Astudillo, del que describen el taller y el modo de trabajo, y de Tomás de Prado en Guardo. Se incluye además información sobre los nuevos ceramistas de la provincia.

3.2. Estudios desde el ámbito universitario

El **Museo de Artes y Tradiciones Populares**, de la Universidad Autónoma de Madrid, se convierte desde 1975 en un motor de diversas investigaciones etnológicas, cuya principal manifestación es la revista *Narría*. Esta publicación va presentando desde su origen numerosos temas etnológicos, entre ellos la cerámica, organizados por comarcas y siempre con un enfoque científico (los trabajos son realizados por profesores y alumnos de la universidad). Entre 1978 y 1982 se editan varios artículos relativos a Castilla y León.

El primer trabajo que nos interesa es el de M.ª Isabel de Azcárraga y Serafín Rodríguez Limón sobre las alfarerías sorianas. Aunque identifica doce localidades donde hubo alfarería, se centra en los alfares de Tajueco (aún activo) y Quintana Redonda. Su estructura parte de señalar la evolución más reciente en el número de artesanos dedicados al oficio, algunas especificidades técnicas, las formas producidas y detalles sobre la venta y comercialización. En el caso de Tajueco, se reseña el abandono de algunas formas tradicionales y la incorporación de otras nuevas acordes a los gustos de los compradores.

El siguiente es el de M.^a Luisa González Pena sobre la cerámica de Astudillo, que reconoce como el único centro activo en toda Palencia. El trabajo tiene su origen en una entrevista al alfarero Félix Moreno. Describe el obrador y el proceso de fabricación, así como las piezas elaboradas. Jesús M.^a Corredera analiza la cerámica salmantina de Alba de Tormes y Tamames. A partir de la comparación de ambos centros, va detallando el trabajo que realizan los alfareros. Luis Cortés presenta las alfarerías de Pereruela, Moveros y Carbellino de Sayago en otro número. Sintetiza lo ya sabido por sus artículos anteriores y añade algunos datos de recientes visitas a los centros, sobre todo en relación con Carbellino. Alude a las características generales de las cerámicas y al modo de trabajo, todo ello de modo escueto.

El último de los artículos de Narria que nos interesa es el de Juan Gabriel Abad sobre los alfares de Aranda de Duero, en Burgos. Su minucioso estudio identifica artesanos desde finales del siglo XIX, señala relaciones familiares, relaciones de aprendizaje y venta de uno de los talleres a un nuevo alfarero. Describe el estado de los obradores, el proceso de elaboración y las piezas principales, e incluye algunas notas sobre el reparto familiar de las faenas y la comercialización.

Un artículo de **Concha Casado** recoge en 1979 lo relativo a la alfarería de Jiménez de Jamuz, que reconoce como la única que se mantiene en la provincia de León. A partir del listado de olleros que trabajaban en 1752, constata que dos siglos después se mantienen en el oficio miembros de las familias Sanjuán y Peñín. Y también menciona cómo sus piezas constan en inventarios y en otras referencias relativas a toda la provincia de los siglos XVIII y XIX. Con cierta brevedad, alude a las piezas elaboradas y desgrana las características del modo de trabajo de este centro.

Años después, en 1995, Concha Casado realiza un catálogo para el Alfar-Museo de Jiménez de Jamuz (creado por la Diputación de León) para el que aprovecha datos de su antiguo trabajo. Además amplía el listado de piezas elaboradas y las ordena por usos. Pero lo más relevante es que añade nuevos datos relativos al gremio de alfareros de Jiménez (1945-1973) y sus iniciativas en relación a la comercialización de los cacharros.

En esta sección queremos incluir también el estudio que abordan **Matilde Fernández Montes**, **M.^a Dolores Albertos** y **Andrés Carretero** sobre la alfarería de los hermanos Almazán Romero, de Tajueco (Soria), en los años 1977 y 1978. Redactado a modo de informe, se estructura con datos de los informantes, características de los obradores, datos sobre las distintas fases de elaboración de los cacharros, esquema morfológico de las piezas producidas (tanto tradicionales como modernas) y apuntes sobre las condiciones sociales y económicas; amén de abundante documentación gráfica y un glosario de términos.

En 1987, se celebra en Toro una exposición sobre su alfarería que es el fruto de una beca de investigación concedida a **Asunción Limpo** y **Carmen García Reyes** por el Ministerio de Cultura. Pese a tratarse de un escueto catálogo de exposición, con apenas algunos datos sobre la historia de los alfares y el proceso de trabajo, se incluyen fotos de las piezas más representativas. Para llegar a conocer mejor su trabajo de campo, realizado entre 1986 y 1987, es necesario acudir al artículo que ve la luz dos años después en el Anuario de Instituto de Estudios Zamoranos.

Se cuentan aquí detalles sobre los alfareros a partir de documentación histórica que se remonta al siglo XVI, con referencia a los contratos de aprendizaje y de oficial (en contraste con la estructura y organización familiar que tuvo en épocas más recientes). Describen con minuciosidad el alfar de Félix Rodríguez Vega, incluyendo informaciones sobre la evolución que tuvo desde finales del siglo XIX, cuando pertenecía al bisabuelo del actual artesano. También con detenimiento recorren las varias faenas que implica el trabajo del barro desde la extracción de la arcilla, al modelado, la decoración y la

cocción. En la tipología, las piezas van agrupadas en uso doméstico, agropecuario y lúdico-decorativo, desglosándose en descripción, decoración y acabado y refiriéndose las variantes de cada forma. Se alude finalmente a las vías de comercialización y los mecanismos de venta. La documentación gráfica es muy extensa y atinada.

Otra figura destacada para el caso vallisoletano es **Primitivo González**, que inicia su estudio de la cerámica preindustrial de esta provincia en 1975 (el trabajo de campo se concentra en los años 1977 y 1978), si bien no es hasta 1987 cuando lee su tesis doctoral (publicada dos años después). La visita a diecisiete localidades le permitió entrevistar a 26 alfareros y a 13 familiares.

Comienza con un repaso histórico de todos los centros alfareros documentados en la provincia utilizando el catastro de Ensenada, los diccionarios del siglo XIX y los censos industriales del siglo XX. Se explican las formas elaboradas, lo que queda de los obradores y las relaciones entre los distintos



Mapa con los centros alfareros de Valladolid según González (1989)

centros e incluso, si puede, familiares entre los distintos ceramistas. Si además siguen activos, se extiende en detallar las faenas de su labor y la evolución que se ha dado en su producción. Destaca la abundancia de fotografías de los cacharros y las tomadas durante el trabajo de los cacharrerros.

El siguiente apartado se ocupa de los alfares: su organización productiva y la estructura arquitectónica. Comienza haciéndolo de manera bastante general, si bien pasa luego a incluir planimetría y descripciones más detenidas de Alaejos, Ataquines, Mota del Marqués, Nava del Rey, Pedrosa del Rey, Peñafiel, Arrabal de Portillo, Tiedra, Tordesillas y Valladolid. Lo mismo hace con las fases de elaboración de las vasijas, a partir de una descripción general con imágenes del proceso de torneado de diferentes formas; terminando con una gráfica comparativa entre los distintos alfares en relación a la extracción de arcilla, la preparación de la pasta, las características de los tornos, las decoraciones y el vidriado aplicados, la cocción y la comercialización. Este último asunto merece además un capítulo propio.

La parte más extensa del libro se ocupa de los tipos producidos, agrupados por usos e incluyendo fotografías de los modelos pertenecientes a los distintos alfares. En sección distinta trata las lozas, refiriéndose tanto a las fábricas como a sus catálogos, y las cerámicas vallisoletanas que se vidriaban en el País Vasco. También otro capítulo se dedica a las figuras de barro realizadas en Valladolid para los nacimientos. Un apartado más se ocupa de lo relativo a la fabricación de ladrillos y tejas, aunque eso queda fuera de nuestro estudio.

3.3. Los estudios con vocación regional

Los estudios regionales tienen como principal figura a **Ignacio Sanz**. En 1983 publicó la *Guía de los alfares de Castilla y León*, un estudio financiado por el Consejo General de Castilla y León. Dedicó una primera parte a las técnicas generales de elaboración de los cacharros, incluyendo ritos y oraciones que se realizan antes de la cochura.

Traza un panorama de la alfarería regional y explica con cierta desazón que, pese al espejismo del interés por la cerámica tradicional a principios de los setenta, eso ha pasado ya y el declive de los obradores es inexorable. Junto a lo anterior, alude al surgimiento de una nueva generación de ceramistas, casi todos formados lejos de su tierra (ya sea en Salamanca, Barcelona o Madrid), que emplean técnicas más modernas e introducen formas y decoraciones nuevas más acordes con las demandas urbanas. Señala además la trascendencia que las ferias (con la pionera de Zamora en 1972) han tenido en el resurgimiento de esta artesanía al facilitar la venta de buena parte de la producción de muchos centros.

A partir de esta larga introducción va recorriendo, provincia por provincia, las diferentes localidades donde aún se mantiene el oficio del barro. Su estudio se basa en las entrevistas directas con los artesanos, que le informan de técnicas y producción, además de relaciones entre centros (Arenas de San Pedro deriva de Mombeltrán, en Ávila, y tiene una fuerte influencia de Puente y Talavera, mientras que el de Coca procede de Jiménez de Jamuz, por ejemplo), o de antiguos alfareros con reconocimiento local (Higinio Moreno es uno de ellos, en Aranda de Duero). Pese a que su visión de cada alfar es bastante breve, por necesidades de ocuparse de todos los alfares, en el caso de los zamoranos se extiende más que en el resto.

La visión que presenta Ignacio Sanz permite apreciar el estado general de la alfarería regional en esos años, donde se constata con claridad cuáles son los talleres que están abocados a la extinción y cuáles los que mantienen mayor estabilidad gracias a su modernización. La sensación general de caducidad se aprecia con fuerza cuando explica que Félix Moreno, de Astudillo, se jubila ese mismo

año 1982 sin contar con continuadores y más cuando enumera todas las piezas que realizó para esa última hornada (5.300 en total).

Un pequeño coletazo de esta obra es el *Mapa de la alfarería tradicional de Castilla y León*, editado en 1989, que incluía una breve introducción donde se resumen las piezas más características de los alfares tradicionales más conocidos de Castilla y León. La parte esencial es el inventario de esas formas, 43 en total, junto a un dibujo realizado por Jesús Carlos Espinosa.

Singular resulta la labor de la Asociación Deportiva Cultural Michelín, de Aranda de Duero, que en 1979 organizaba su I Exposición de cerámica popular. De esa actividad surge tres años después la publicación de **Juan Gabriel Abad**.

Su trabajo comienza con la descripción de la técnica alfarera en Castilla y León, para lo cual, pese a darse peculiaridades en cada zona, reconoce la existencia de varios autores que ya han realizado esta tarea. Él decide aportar datos generales, pero teniendo como referencia principal a la familiar Herrera, de Aranda. Menciona la fama que ha ganado en los últimos años la tierra de Pereruela, que se utiliza mezclada con la propia en muchas otras localidades de la región. Además, en el apartado de las arcillas, refleja la importancia que tiene su color para diferenciar algunos centros.

A continuación pasa a recorrer provincia por provincia, cada una debida a distintos autores. Van reseñando los distintos alfares que subsisten, con unos pocos datos sobre las formas producidas, las condiciones del taller y algo sobre el aprendizaje del oficio. No obstante, allí donde escasean los cacharreros se recurre a hacer un repaso sobre lo que hubo algunos años antes. Termina la obra con un glosario de términos alfareros.

Otro foco desde donde se ha generado un interés por la alfarería desde el punto de vista regional ha sido la colección etnográfica que se formó en la Caja de Ahorros Provincial de Zamora, de la mano de **Carlos Piñel**. Su manifestación más clara fue la exposición celebrada en 1983 en Zamora bajo el título «Cerámica Popular de Castilla y León».

En la introducción del catálogo de esta exposición, Piñel incide especialmente en el carácter cambiante y variable de las producciones alfareras, sometidas a las necesidades funcionales de cada momento y a la disponibilidad del material con que se fabrican. Otro punto importante en su texto es la reivindicación de que se cree un «Museo de Alfarería Regional en Zamora», y en esta ciudad y no en otra por —dice— el apoyo que a esta artesanía realiza la Feria de San Pedro y la existencia de la colección que la Caja de Zamora ha ido adquiriendo.

En el catálogo, además de Piñel, participan el equipo Adobe, Teresa Tardio Dovaio, José Noriega y Primitivo González. Todos ellos hacen un repaso rápido por los centros alfareros conocidos, contemplando los desaparecidos y los que aún subsisten con mayor o peor fortuna. Se aprecia la escasez entonces de estudios relativos a las provincias que no había recorrido en su momento Luis Cortés.

En 1982, la colección de la Caja de Ahorros de Zamora también sirvió para una exposición de cerámica zamorana, con un breve catálogo realizado por Carlos Piñel, que al año siguiente viaja a Valladolid y Portillo. Una década después, este autor recupera lo relativo a Zamora, y en realidad a toda el área leonesa, en su libro *La Zamora que se va*.

En 1991, la entonces Consejería de Cultura y Bienestar Social organizó una exposición en Valladolid con obras de alfarería regional que había ido adquiriendo, a través de la Dirección General de Deportes y Juventud, con motivo de la Muestra Joven de Folklore de 1990 y 1991. Recogía un número variable de piezas de reciente factura (desde dos a nueve) de cada centro mostrando distintas formas ela-

boradas en ellos. Las seleccionadas eran dieciocho localidades: Mombeltrán, Tiñosillos (Ávila); Aranda de Duero (Burgos); Jiménez de Jamuz (León); Astudillo (Palencia); Alba de Tormes, Cespiedosa de Tormes y Villar de Peralonso (Salamanca); Coca, Fresno de Cantespino (Segovia); Quintana Redonda, Tajueco (Soria); Alaejos, Arrabal de Portillo, Tiedra (Valladolid); Moveros, Pereruela y Toro (Zamora).

La última gran manifestación de una política regional que pretendía la documentación de los alfareros y, en este caso, de los artesanos en su conjunto fue la redacción de la *Guía de la artesanía de Castilla y León*. Esta colección de nueve tomos, uno por provincia, fue dirigida por Ignacio Sanz y editada por la Consejería de Economía y Hacienda.

4. Estudios a partir de los años noventa

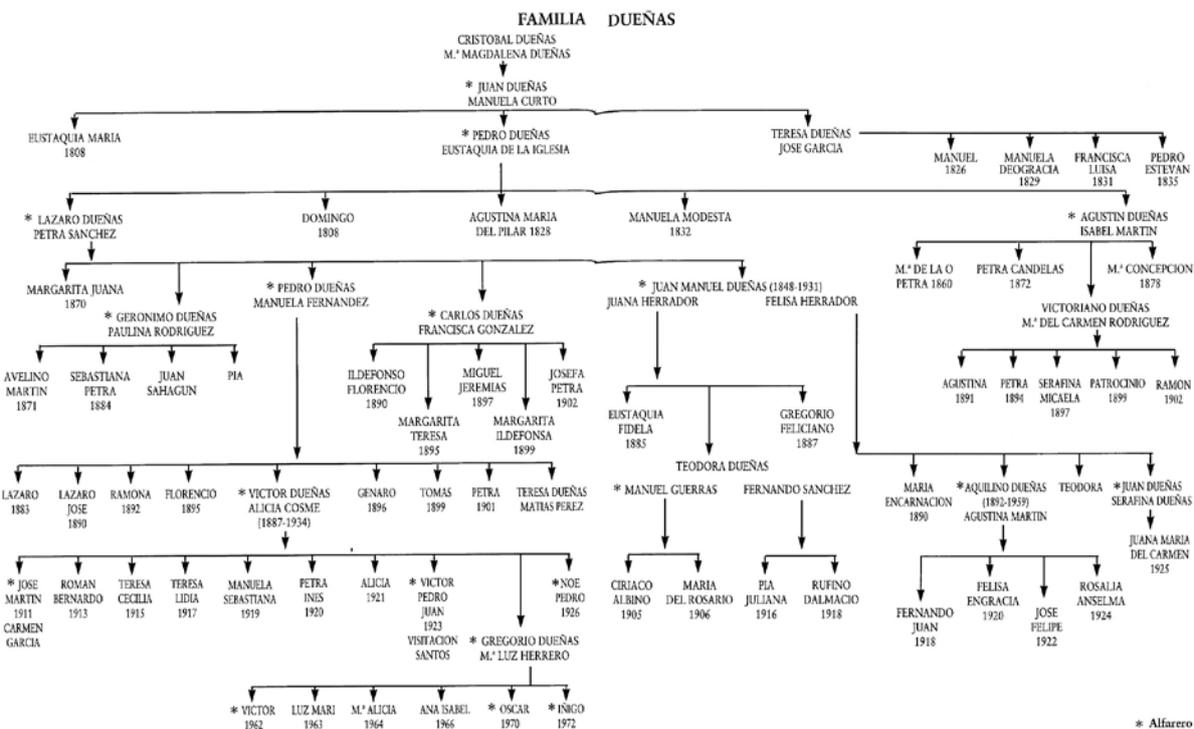
En este momento se detecta un enfriamiento del entusiasmo que la alfarería generó en las dos décadas anteriores. En parte puede deberse a que los alfares que se estaban agostando en esos años terminaron por desaparecer con la muerte de sus artífices, lo que oscureció el panorama general de la alfarería. El interés que despertaba el trabajo de aquellos últimos testigos de una época se desvaneció con ellos, mientras que los que sobrevivieron lo hicieron a costa de adaptarse a las demandas nuevas y a los gustos estéticos del momento, al tiempo que mejoraron las condiciones de su trabajo y las herramientas. Ello no quiere decir que dejase de estudiarse la alfarería, si bien al desaparecer la premura por querer documentar algo que parecía perderse irremediabilmente, cambió el enfoque y disminuyó el número de trabajos generados.

Como iniciador de esta etapa, cabría colocar el estudio que los antropólogos **Mariana Brando** y **José Luis González** editan en 1990 sobre la alfarería de Jiménez de Jamuz, al que titulan «Alfarería popular leonesa». **De forma esquemática van describiendo las características de los alfares y el procedimiento de elaboración de los cacharros**, continuando con un detallado y amplio listado de formas, con sus particularidades y dibujo o fotografía. Se finaliza con un escueto apartado sobre la economía del oficio, en relación a la obtención de las instalaciones, herramientas y materias primas, además de a la comercialización; y otros dos sobre las condiciones de trabajo y el aprendizaje del oficio y su consideración social. Todo el trabajo se centra en el momento es que se realiza la investigación, sin mayores consideraciones históricas.

Quizá de mayor peso es otro estudio monográfico, en este caso sobre Alba de Tormes, elaborado en 1991 por **M.^a Victoria Bofill**, **Luciano Hernández** y **Gloria Latre**. Sigue el esquema clásico de ir desgranando los detalles del trabajo de los alfareros, con una especial atención a la realización de decoraciones, y mostrar las cacharros que se elaboran. Pero, además, desarrolla con cierto detenimiento el análisis de la organización familiar del trabajo, con las genealogías de las familias Pérez y Dueñas, la comercialización y particulares costumbres y tradiciones.

En la parte relativa a la tecnología, se opta por reflejar los procedimientos tradicionales, aunque a sabiendas de que, «de las tres generaciones de alfareros que conviven en Alba, la más joven, no solo no utiliza los viejos métodos, sino que en muchos casos los desconoce». La información recogida sobre el terreno es además comparada con los datos recogidos por Luis Cortés a principios de los años cincuenta y también con las novedades modernas. La importancia de encontrar una referencia tan minuciosa relativa a cuatro décadas antes resulta de una enorme utilidad, como se ve —por su ausencia— en el caso de las piezas negras con baño de manganeso.

En todo caso destaca el trabajo realizado con las entrevistas a los alfareros que, además de recogerse íntegras en un apéndice, se van incorporando parcialmente a lo largo del texto. También la parte gráfica es muy significativa, recogiendo multitud de detalles sobre los procesos seguidos en el trabajo.



Árbol genealógico de la familia Dueñas según Bofill y otros (1991)

Se incluyen consideraciones sobre cómo la disminución de la demanda ha ido influyendo en aspectos como el abandono o reforma de los hornos más grandes, igual que en la adopción de hornos industriales. La tipología de vasijas se divide entre formas tradicionales y nuevas, dividiendo las primeras en función de su uso: para consumo y conservación de alimentos; para transporte y consumo de líquidos, para el fuego y para usos diversos. Su descripción se acompaña de fotos y dibujos.

Cuando se habla de las formas nuevas, en el botijo de torre y en el de toro se exponen diferencias en los tipos y las decoraciones según los artesanos o las familias que los realizan. No obstante, no se hace lo mismo en el resto de formas ni tampoco al tratar los motivos decorativos pintados con el aguamanil. Excepcional resulta una referencia a que una variedad de orla de semicírculos es típica de Lorenza Domínguez y otra sobre una cenefa de flores-mariposa característica de Bernardo Pérez.

Rosa M.ª Lorenzo repasa los alfares salmantinos en 1999, tras un largo trabajo de campo y de investigación archivística que se inició en 1986. Como en otros trabajos, es el contacto con los alfareros y sus allegados lo que depara mayor cantidad de información. Pero también los registros parroquiales, las ordenanzas y censos y protocolos notariales le han brindado numerosos datos. A lo anterior se sumó un rastreo de cacharros a través de los museos y además se emprendió una excavación arqueológica en el barrio alfarero de los Olleros en la ciudad de Salamanca.

La documentación histórica ha sido en especial relevante para el caso de la capital salmantina, pues ha permitido reconstruir condiciones de vida de algunos de los alfareros y las condiciones del aprendizaje, las normas del gremio y el funcionamiento de su cofradía, pero también la historia del barrio de los Olleros. Se han obtenido datos sobre las condiciones del trabajo y las características de su producción y comercialización.

Recorre a continuación los centros alfareros de la provincia, donde reproduce el esquema seguido en el primer capítulo del libro, aunque aquí con menor disponibilidad de fuentes históricas. Sin



NÚCLEOS ALFAREROS SALMANTINOS

○ ALFAR PRINCIPAL ● ALFAR SECUNDARIO // TEJAR

Mapa con las localidades alfareras salmantinas y sus relaciones de dependencia según Lorenzo (1999)

embargo, no entra en profundidad en las informaciones etnográficas, por más que estas tengan su reflejo en un rico apartado gráfico. Al hablar de cada uno de los alfares principales, destaca los muchos artesanos que partían de ellos para fundar sus nuevos talleres en otras localidades salmantinas, pero también de Ávila y Valladolid.

De gran interés resultan así mismo las gráficas comparando las técnicas de trabajo y las vasijas producidas en todos los centros alfareros, así como el apartado tipológico con gran número de fotografías con vasijas de los distintos talleres. Y lo mismo cabe destacar de los listados con los datos de todos los artesanos que ha ido encontrando a través de las diferentes fuentes desde el siglo XVI al XX.

En relación con Alba de Tormes, hay que referirse al artesano **Bernardo Pérez Correas**, alfarero y descendiente de alfareros que trabaja como profesor en el Centro de Cultura Tradicional de Salaman-

ca. Sus trabajos toman como base las formas y decoraciones tradicionales, pero las desarrolla para adaptarlas a lo actual con una finalidad esencialmente artística. Lo traemos aquí porque ha quedado constancia de su labor en numerosos catálogos de exposiciones y en un libro de 2002.

Capítulo aparte merece el catálogo de la exposición «Las alfarerías femeninas», organizada en el **Museo Etnográfico de Castilla y León** (Zamora) en 2006. Aúna esta obra un gran número de elementos de investigación, de distintas épocas y distintos investigadores, que incluyen entrevistas, fotografías y diversos datos históricos. Se efectúa así, con una intención divulgativa, una síntesis de los trabajos anteriores sobre los alfares zamoranos de Muelas del Pan, Pereruela, Carbellino y Moveros. A ello se suma el catálogo de vasijas que con tal procedencia se guardan en el Museo.

También peculiar es el trabajo realizado por **José Arias Canga** en 2009, dedicado a la alfarería en el reino de León y que Antonio Bonet Correa define como «científico y literario». **Se estructura separando** las alfarerías femeninas y las masculinas y, pese a su voluntad de centrarse en las provincias de León, Zamora y Salamanca, en el primero de los apartados se permite ampliar sus límites para incluir los centros portugueses de Pineal (Bragança) y Malhada Sorda (Guarda). Aúna el trabajo de campo realizado a finales de los años ochenta con la documentación actual de las producciones cerámicas de cada centro, sumado a datos históricos que copia sobre todo de Moratinos y Villanueva y a otros etnográficos tomados de Luis Cortés, Herminio Ramos y Rosa M.^a Lorenzo.

De su recorrido por los alfares del área leonesa, queremos reseñar su llamada de atención sobre el fuerte desconocimiento que existe de los alfares de Benavente, Ponferrada, Villafranca del Bierzo y Sahagún.

El estudio de **Carlos Porro** en la provincia de Palencia conjuga el rastreo documental histórico con el intenso trabajo de campo dirigido a los alfareros y sus familiares, junto al análisis de colecciones de particulares y museos. Sus resultados permanecen todavía en buena medida inéditos, si bien podemos conocer su metodología de trabajo y los objetivos según se plantearon en los años 1997 y 1998.

Las intenciones iniciales se centraban en identificar todos los alfares que fuera posible, su método de trabajo, las características de las viviendas y talleres, la definición de las producciones y lo relativo a su comercialización; además de reconocer piezas llegadas a tierras palentinas desde otros alfares. En todo ello resultaba especialmente representativa la información que depararon los alfares de Astudillo, con el de Félix Moreno ocupando un lugar destacado.

En 2004 se publica la tesis doctoral de **Agustín García Benito** sobre la cerámica tradicional de Peñafiel. Su investigación tiene la peculiaridad de que estamos ante el trabajo de un artista que en 1983 pasó a ser aprendiz del último alfarero que había existido en Peñafiel, Pablo Curiel, para intentar recuperar la alfarería de esta localidad. Lo que comenzó con la intención de reabrir un alfar terminó sirviendo una abundante información que de este modo aporta un punto de vista original e inusual en otros estudiosos. En el libro, a lo largo de todo el texto va intercalando comentarios recogidos en sus entrevistas que reflejan la opinión y pensamientos de los alfareros y sus familiares en relación a cada uno de los temas que se van refiriendo.

Inicia su obra con un censo de alfareros, recogiendo los ocho primeros nombres citados del catastro de Ensenada. Pero la parte más interesante se encuentra a partir de mediados del siglo XIX, momento en que comienzan a menudear los censos y cuando se ponen de manifiesto las relaciones familiares entre ellos. Llegado este punto, no se limita a elaborar el árbol genealógico, sino que reconstruye en la medida en que lo permiten los recuerdos de los familiares el aprendizaje de cada uno y la forma de trabajo (rastrea las familias Curiel y Calderón).

Continúa con la arquitectura de los alfares, describiendo todos los que han existido en el siglo xx no solo en estructura, sino con alusiones directas a cómo se organizaba el trabajo en cada espacio. Añade planos y fotos. El siguiente apartado es el de los terreros, a lo que añade análisis de las arcillas y referencias a sus **propiedades y defectos visibles en las piezas ya cocidas**. En los procesos de fabricación, contempla desde la recogida de la arcilla al deshornado, con un apartado independiente dedicado a la decoración de las piezas (señalando los motivos que realizaba cada una de las mujeres que los pintaban). En todas las fases se acompaña de fotografías con detalles del trabajo, las herramientas y las piezas trabajadas.

Al llegar a la parte dedicada a la tipología de las vasijas que se elaboraban, comienza considerando cómo ordenaban los tipos tanto quienes las usaban como quienes las hacían (y lo hacen destacando las que más usaban o las que más hacían), y opta por organizarlas por su función. En cada uno de los cacharros se señala una descripción, el proceso de elaboración y las huellas que deja, la relación entre forma y función, las costumbres relacionadas y las posibilidades de reciclaje. Se señalan además las diferencias que pueden existir en un mismo tipo según quién sea su artífice.

Cuando se aproxima a la venta de los cacharros tiene muy en cuenta que es el cliente quien determina en cada momento las formas producidas, por más que el alfarero adapta los requerimientos a su forma de trabajo. Se refiere la venta ocasional y los encargos en el propio obrador junto a lo que salía a través de los revendedores, sin descuidar la llegada de piezas de Arrabal y Tudela que se complementaban con lo producido en Peñafiel. Esa llegada de piezas de estos otros centros y el cambio de los gustos se vincula con la decadencia de los alfares locales. Se incide especialmente en las condiciones de trabajo de los revendedores o cargueros, recogiendo además el nombre, relaciones familiares y rutas de varios que trabajaron en el siglo xx.

Manuel Moratinos y Olatz Villanueva abordan en 2006 el estudio histórico de las alfarerías zamoranas de Muelas del Pan, Pererueta de Sayago y el barrio de Olivares en Zamora. El principal aporte procede de añadir, a la habitual utilización de referencias históricas y etnográficas, una documentación histórica inédita que recuperan de los archivos históricos provinciales de Zamora y Valladolid, del de la Real Chancillería y del General de Simancas, aunando censos, inventarios y ordenanzas municipales.

Remontan de este modo las alfarerías tradicionales de estos centros hasta fechas de los siglos xv y xvi (en el caso de Zamora capital hasta 1279), recogiendo datos que permiten establecer un *continuum* hasta la actualidad o la desaparición de estas alfarerías. Aunque no son muy precisas, no faltan referencias históricas sobre las formas que se elaboraban en tiempos pasados y sobre la arriería en Muelas, que en ocasiones realizaban los propios alfareros. Se incorporan además anexos con listados de los alfareros existentes en 1752 con detalle, en el caso de la ciudad de Zamora, de los bienes que poseían.

Otros trabajos de 2002, 2004 y 2005 realizados por estos mismos autores hacen hincapié en similar recuperación histórica de los alfares de Benavente y Toro.

El último libro que se ha sumado a esta lista es la reciente publicación sobre el obrador de la familia Fernández, en Baltanás (Palencia), realizado por **Enrique Echevarría, José Fernández Alejos y Cristina Valdivieso**. El gran mérito de estos investigadores reside, siguiendo el esquema habitual de indagar en la historia de la alfarería en la localidad, en su forma de trabajo y la tipología de su producción, haber recuperado para el conocimiento general un centro casi olvidado y del que apenas existían referencias.

Prospectiva

Uno de los primeros puntos que queremos destacar es que la situación que han deparado las décadas pasadas de investigación es un intenso trabajo sobre los alfares del «reino de León». Desde los primeros trabajos de Luis Cortés, los centros mejor conocidos han sido los de Jiménez de Jamuz, Alba de Tormes y los de alfarerías femeninas zamoranas. En el resto de provincias, las incursiones han sido más esporádicas y genéricas, lo que ha dejado un amplio terreno sin conocer en profundidad.

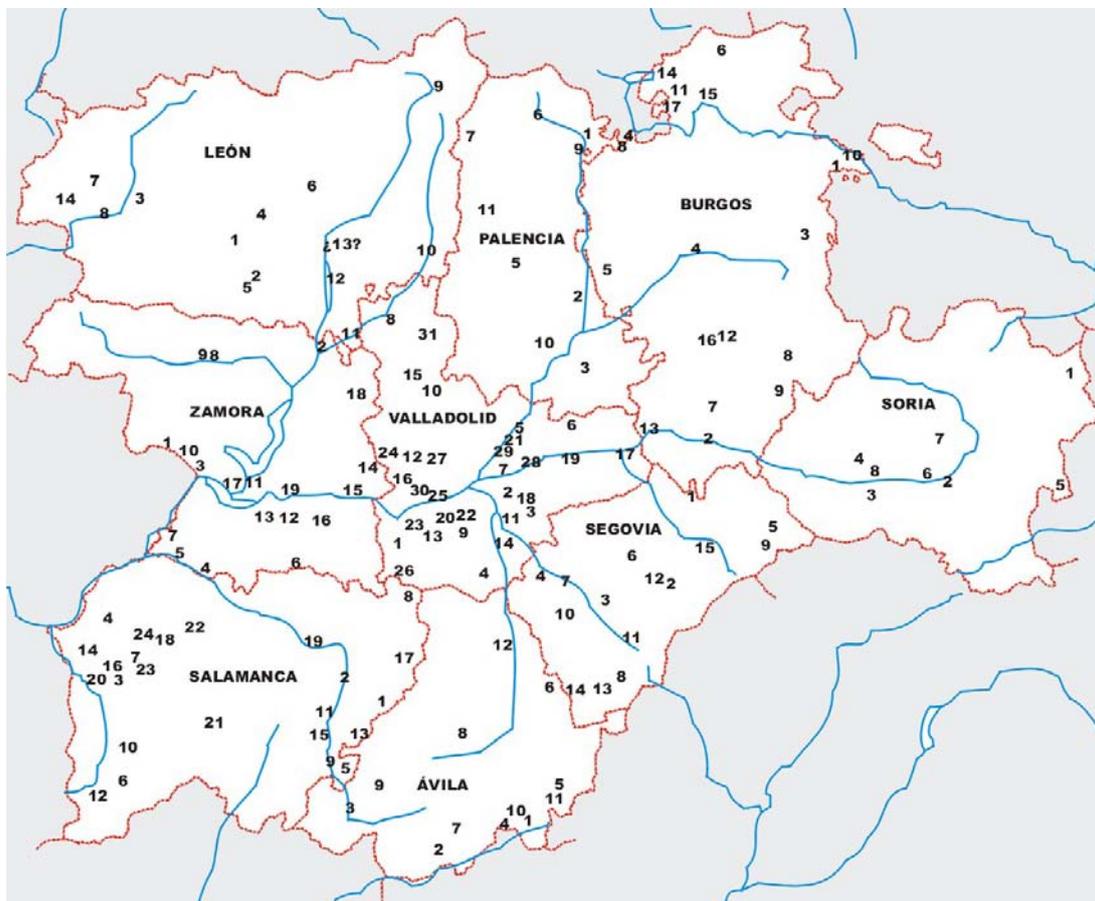
Ya en 1976 escribía Natacha Seseña que «León y Castilla la Vieja presentan en la actualidad una escasa densidad alfarera. Se tienen pocas noticias de que en el pasado la situación fuera distinta. La excepción la constituye la provincia de Salamanca por la riqueza y abundancia de centros y Zamora a causa del interés etnográfico de su alfarería femenina».

Lo cierto es que en todas las provincias se encuentran al menos una decena de villas donde en algún momento de los últimos tres o cuatro siglos han existido alfareros, si bien en la mayoría de los casos su conocimiento se reduce a menciones escuetas. En realidad, muchas provincias han sido de hecho poco exploradas. Así, por ejemplo, en tierras leonesas un repaso al *Diccionario* de Madoz permite añadir a las villas alfareras señaladas por Luis Cortés y José Arias otras nuevas: Bembibre, León ciudad y Oceró. La misma indagación se puede hacer en otras provincias y así en Burgos, una de las más desconocidas, descubrimos menciones a alfares en Belorado, Miranda de Ebro, Munilla (Valle de Valdebezana), Robledo de las Puebas, San Martín del Rojo (Manzanedo), Santa Inés y Villanueva Carrales (Alfoz de Bricia). Y eso acudiendo a una sola fuente de un momento histórico concreto.

Un rápido vistazo al elevado número de centros que aparecen citados en la bibliografía actual, por más que en muchos casos no se haya encontrado más testimonio que la sucinta mención a la existencia de cacharrereros en diversas épocas, ya manifiesta que se ha polarizado el interés en unos pocos lugares.

Las muchas localidades con alfareros que existieron, unido a las relaciones que se establecieron entre ellos, nos da una idea de que el panorama resulta mucho más complejo de lo que hasta ahora se ha intuido, como ha revelado Lorenzo para la provincia de Salamanca. Muchos centros ven emigrar a sus artesanos a nuevas localidades, aunque sea solo por unos años o una sola generación, y así está por constatar en gran medida cómo incide el paso del tiempo en el cambio de establecimientos alfareros.

Queda en evidencia que se desconoce aún mucho sobre la alfarería de nuestras tierras. Quizá, por los trabajos realizados hasta ahora, haya predominado una imagen de lo que existía a mediados del siglo xx pero se ignore en buena medida lo que había con anterioridad. En ese sentido, es necesario seguir las pautas marcadas por Moratino y Villanueva indagando en las fuentes documentales. Tal vez las más accesibles sean el catastro de Ensenada, la memoria de Eugenio Larruga y diccionarios como los de Madoz o Miñano, además de censos comerciales e industriales de los que se pueden encontrar desde el siglo xix. Una vez identificadas estas referencias, conviene profundizar en fuentes locales, como las que proporcionan los archivos parroquiales para conocer las relaciones y orígenes familiares de los alfareros. Se ha constatado en muchos casos, a través de distintos censos de artesanos, cómo muchos apellidos desaparecen y llegan otros nuevos. Aún está por conocer a qué se deben muchos de esos cambios.



Alfalfa conocidos de época moderna y contemporánea dentro de Castilla y León:

Ávila: 1. La Adrada, 2. Arenas de San Pedro, 3. El Barco de Ávila, 4. Casavieja, 5. Cebreros, 6. Maello, 7. Mombeltrán, 8. Muñochas, 9. Piedrahita, 10. Piedralavés, 11. El Tiemblo, 12. Tiñosillos.

Burgos: 1. Ameyugo, 2. Aranda de Duero, 3. Belorado, 4. Burgos, 5. Castrojeriz, 6. Espinosa de los Monteros, 7. Gumiel de Hizán, 8. Hacinas, 9. Huerta del Rey, 10. Miranda de Ebro, 11. Munilla (Valle de Valdebezana), 12. Quintanilla del Agua, 13. Roa de Duero, 14. Robredo de las Pueblas, 15. San Martín del Rojo (Manzanedo), 16. Santa Inés, 17. Villanueva Carrales (Alfoz de Bricia).

León: 1. Astorga, 2. La Bañeza, 3. Bembibre, 4. Carrizo de la Ribera, 5. Jiménez de Jamuz, 6. León, 7. Otero, 8. Ponferrada, 9. Riaño, 10. Sahagún, 11. Valderas, 12. Valencia de Don Juan, 13. Ventas de Nava, 14. Villafranca del Bierzo.

Palencia: 1. Aguilar de Campoo, 2. Astudillo, 3. Baltanás, 4. Berzosilla, 5. Carrión de los Condes, 6. Cervera de Pisuerga, 7. Guardo, 8. Olleros de Paredes Rubias, 9. Olleros de Pisuerga, 10. Palencia, 11. Saldaña.

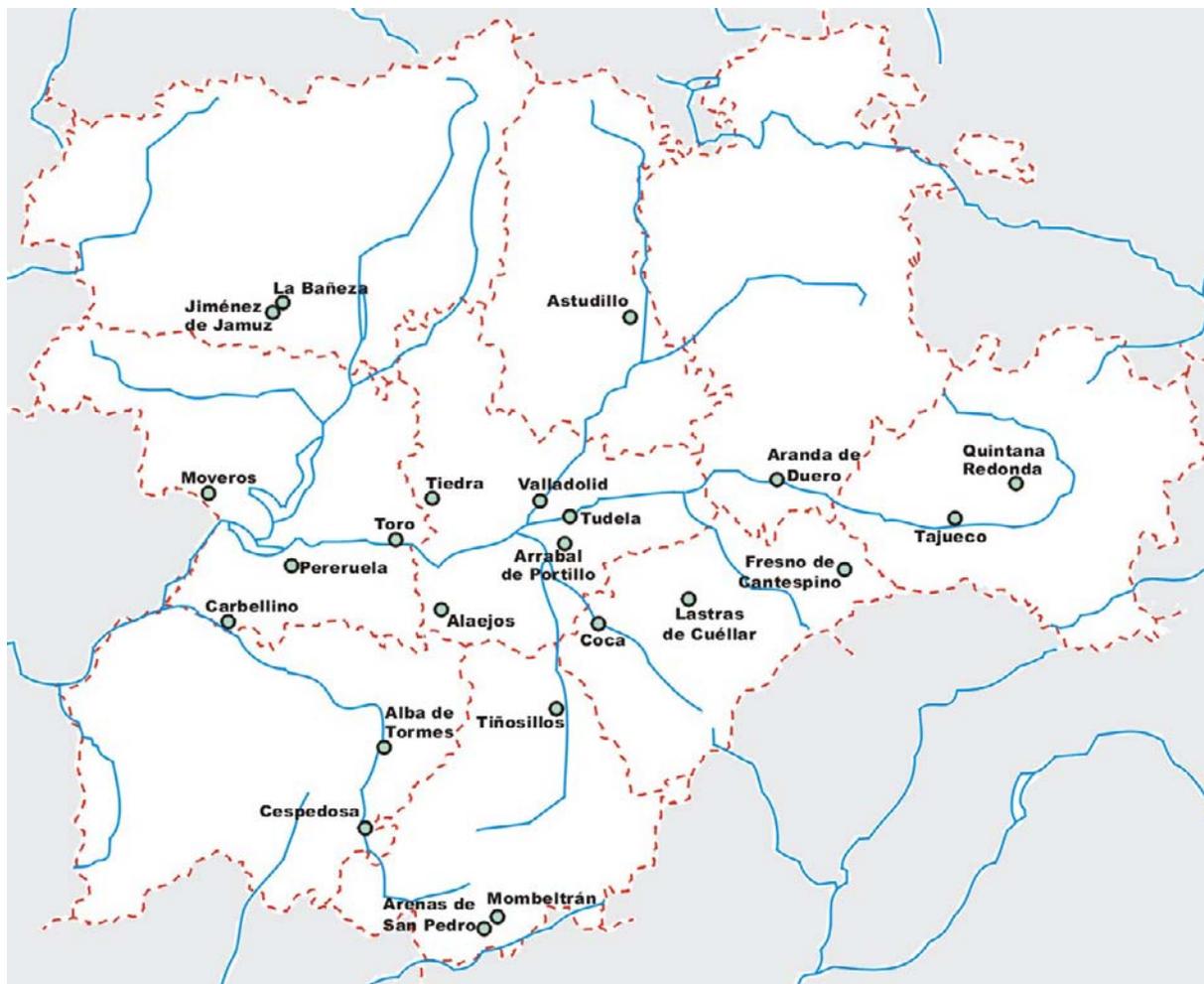
Salamanca: 1. Alaraz, 2. Alba de Tormes, 3. Bañobárez, 4. Barruecopardo, 5. Bercimuelle, 6. El Bodón, 7. Bogajo, 8. Cantalapiedra, 9. Cespadosa de Tormes, 10. Ciudad Rodrigo, 11. Fresno Alhándiga, 12. Fuenteguinaldo, 13. Horcajo Medianero, 14. Lumbrales, 15. Montejo de Salvatierra, 16. Olmedo de Camaces, 17. Peñaranda de Bracamonte, 18. Peralejos de Abajo, 19. Salamanca, 20. San Felices de los Gallegos, 21. Tamames de la Sierra, 22. Villar de Peralonso, 23. Villavieja de Yeltes, 24. Vitigudino.

Segovia: 1. Aldehorno, 2. Caballar, 3. Carbonero el Mayor, 4. Coca, 5. Fresno de Cantespino, 6. Lastras de Cuéllar, 7. Navas de Oro, 8. Otero de Herreros, 9. Riaza, 10. Santa María de Nieva, 11. Segovia, 12. Turégano, 13. Vegas de Matute, 14. Villacastín, 15. Villaseca.

Soria: 1. Ágreda, 2. Almazán, 3. Berlanga de Duero, 4. Boós, 5. Deza, 6. Matamala de Almazán, 7. Quintana Redonda, 8. Tajueco.

Valladolid: 1. Alaejos, 2. Aldeamayor de San Martín, 3. Arrabal de Portillo, 4. Ataquines, 5. Cabezón de Pisuerga, 6. Esguevillas de Esgueva, 7. Laguna de Duero, 8. Mayorga, 9. Medina del Campo, 10. Medina de Rioseco, 11. Mojados, 12. Mota del Marqués, 13. Nava del Rey, 14. Olmedo, 15. Palazuelo de Vedija, 16. Pedrosa del Rey, 17. Peñafiel, 18. Portillo, 19. Quintanilla de Onésimo, 20. Rueda, 21. Santovenia de Pisuerga, 22. La Seca, 23. Sieteiglesias de Trabancos, 24. Tiedra, 25. Tordesillas, 26. Torrecilla de la Orden, 27. Torrelobatón, 28. Tudela de Duero, 29. Valladolid, 30. Villalar de los Comuneros, 31. Villalón de Campos.

Zamora: 1. Alcañices, 2. Benavente, 3. Bradilanes, 4. Carbellino de Sayago, 5. Cibanal, 6. El Cubo del Vino, 7. Fornillos de Fermoselle, 8. Junquera de Tera, 9. Miella de Tera, 10. Moveros, 11. Muelas del Pan, 12. El Perdigón, 13. Pereruela, 14. Pinilla, 15. Toro, 16. Venialbo, 17. Villalcampo, 18. Villalpando, 19. Zamora.



Alfares tradicionales de Castilla y León activos a principios de los años ochenta del siglo xx

Más difícil cada día resulta imitar el ejemplo de los autores de los años setenta y ochenta, que acudían a los centros alfareros y recogían informaciones de primera mano hablando con los artesanos que aún seguían, la mayoría a duras penas, con su trabajo del barro. El ejemplo más excepcional lo proporciona García Benito, que no solo convivió con uno de los alfareros peñañielenses, sino que además compartió taller y aprendió el oficio con él. Hoy ya han debido morir todos los cacharreros tradicionales, pero aún hay gente que los recuerda y ahí están sus familiares para traernos algo de lo que se hacía hace unas décadas. En tal sentido el trabajo de Echevarría, Fernández y Valdivieso nos ofrece una muestra de las posibilidades que depara en la actualidad volver a los pueblos y hablar con las gentes que los habitan.

Sin embargo, en buena medida estas investigaciones se han convertido en un trabajo cercano al arqueológico y por eso no está de más analizar lo que se desentierra en las excavaciones y sondeos que por toda Castilla y León se efectúan dentro de contextos de época moderna y contemporánea. Como se está viendo en algunas de esas intervenciones arqueológicas, los siglos pasados deparan vasijas no muy alejadas de lo que se elaboraba en la primera mitad del siglo xx, al mismo tiempo que otras que evidencian cambios. También el conocimiento de los antiguos obradores depara informaciones sustanciales para conocer estas alfarerías populares que en algún momento se quisieron entender solo con lo que había hacia 1950 y fosilizar los tipos en aquellos modelos.

En tal sentido cabe ampliar nuestras miras y empezar a considerar como objeto de estudio los actuales talleres de cerámica surgidos a partir de los años ochenta, muchos con artífices formados en las Escuelas de Arte y cuya producción se adapta a la demanda actual, con la necesaria variación de los modelos respecto a los tradicionales. Otras veces se imita lo tradicional pero con una intención puramente estética. La ruptura de estos artesanos con todo lo tradicional puede ser de un enorme impacto, pero no debe despreciarse su trabajo ni olvidarse que son los continuadores de los antiguos alfareros. Como tales, muchos de ellos siguen mereciendo ser el centro de atención de los actuales investigadores.



Muestra de la producción de Carmen Pascual (Moveros de Aliste, Zamora) en 2013

BIBLIOGRAFÍA (por orden cronológico)

- Rafael Navarro. «Cerámica popular de Palencia y de León». *Anales del Museo del Pueblo Español*, I (cuadernos 1 y 2), Madrid, 1935. Pp. 98-102.
- Luis Cortés Vázquez. *La alfarería popular salmantina*. Centro de Estudios Salmantinos, 1953.
- Luis Cortés Vázquez. «La alfarería de Pereruela (Zamora)». *Zephyrus*, V. USAL, 1954. Pp. 141-163.
- Luis Cortés Vázquez. «Alfarería femenina en Moveros (Zamora)». *Zephyrus*, IX. USAL, 1958. Pp. 97-107.
- Ignacio Sánchez López. *Notas sobre el habla de Medina del Campo: palabras y cosas en la comarca de Medina del Campo*. Tesis doctoral inédita (dirección Manuel García Blanco). Universidad de Salamanca, 1965.
- Josep Llorens Artigas y José Corredor-Matheos. *Cerámica popular española*. Editorial Blume. Barcelona, 1970 (2.ª edición, 1974).
- Carmen Nonell Masjuan. *Cerámica y alfarería populares de España*. Editorial Everest. León, 1973.
- Rüdiger Vossen, Natacha Seseña y Wulf Köpke. *Guía de los alfares de España*. Editorial Nacional, 1975.
- Natacha Seseña. *Barros y lozas de España*. Editorial Prensa Española. Editora Nacional. Madrid, 1976.
- Herminio Ramos Pérez. *Cerámica popular de Zamora. Cerámicas vivas*. Zamora, 1976.
- M.ª Isabel de Azcárraga y Serafín Rodríguez Limón. «La alfarería en Tajueco y Quintana Redonda». *Narría: Estudios de artes y costumbres populares*, 11 (Soria). UAM, 1978. Pp. 17-21.
- M.ª Luisa González Pena. «La cerámica popular de Astudillo», *Narría: Estudios de artes y costumbres populares*, 14 (Palencia). UAM, 1979. Pp. 20-23.
- Jesús M.ª Corredera Martín. «La cerámica vidriada de Alba de Tormes y Tamames». *Narría: Estudios de artes y costumbres populares*, 15-16 (Salamanca). UAM. 1979. Pp. 23-27.
- Concha Casado Lobato. «Artesanía popular leonesa: la alfarería de Jiménez de Jamuz». *Tierras de León*, 36-37. Institución Fray Bernardino de Sahagún. León, 1979. Pp. 111-121.
- Herminio Ramos Pérez. *Cerámica popular de Zamora desaparecida*. Zamora, 1980.
- Ignacio Sanz, Luis Domingo Delgado y Claudia de Santos. *Guía de la Artesanía de la provincia de Segovia*. Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Segovia, 1980.
- Domingo Sanz y Severiano Delgado (Equipo Adobe). *Alfarería extinguida de Soria, Segovia y Ávila*. Madrid, 1980.
- Luis Cortés Vázquez. «Las alfarerías femeninas». *Narría: Estudios de arte y costumbres populares*, 20 (Zamora). UAM, 1980. Pp. 10-13.
- Matilde Fernández Montes, M.ª Dolores Albertos Solera y Andrés Carretero Pérez. *Alfarería Popular de Tajueco*. Ministerio de Cultura 1981.
- Alonso Zamora Canellada, M.ª Teresa Tardío Dovao y Luis Alberto López Muñoz. *Guía de la artesanía de Segovia*. Ministerio de Industria y Energía. Madrid, 1981.
- José Delfín Val. *Alfares de Valladolid*. Caja de Ahorros de Valladolid, 1981.
- Ignacio Sánchez López. «Palabras y cosas de la arcaica alfarería medinense y de su fase de extinción». *Revista de Folklore*, 9. Uruña, 1981. Pp. 3-20.
- Juan Gabriel Abad Zapatero. *Itinerario de la cerámica popular en Castilla y León*. Michelin ADC. San Sebastián, 1982.
- Emili Sempere. *Rutas a los alfares España-Portugal*. Barcelona, 1982.
- Juan Gabriel Abad Zapatero. «Los alfares arandinos». *Narría: Estudios de arte y costumbres populares*, 28 (Burgos). UAM, 1982. Pp. 21-26.
- Pablo Torres, Carlos Laorden y José M.ª García Merino. *Alfarería de Ávila*. Caja General de Ahorros de Ávila. Ávila, 1983.
- Ignacio Sanz. *Guía de alfares de Castilla y León*. Ediciones de la Torre. Madrid, 1983.
- Carlos Piñel y otros. *Cerámica popular de Castilla y León* (exposición, Casa de Cultura de Zamora). Zamora, 1983.

- Carlos Piñel. *Cerámica antigua de Zamora* (exposición en Portillo y Valladolid). Caja de Ahorros Provincial de Valladolid, 1983.
- Luis Gómez Nuño y Félix Pelaz Roldán. *Alfarería y cerámica*. Apuntes palentinos, III. Caja de Ahorros de Palencia, 1983.
- José María Martínez Laseca. «Alfarería popular de la provincia de Soria». *Arevacon*, 8. Asociación de Amigos del Museo Numantino. Soria, 1983. Pp. 7-12.
- Carmen Padilla Montoya. «El trabajo del barro». En Guadalupe González Hontoria y otros; *El arte popular en Ávila*. Institución Gran Duque de Alba. Diputación de Ávila, 1985. Pp. 153-215.
- Alberto Manrique Romero. *El hombre y el barro: alfarería tradicional*. Soria Edita. Soria, 1986.
- Mercedes Cano Herrera. *Artesanía de Valladolid. Oficios artesanos-situación actual*. Caja de Ahorros Provincial de Valladolid. Valladolid, 1986.
- Ramón Manuel Carnero Felipe y Víctor Redondo Tamame. «Catálogo de alfarería de Pereruela de Sayago (Zamora)». *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*. Diputación de Zamora, 1986. Pp. 13-37.
- Luis Cortés Vázquez. *Alfarería Popular del Reino de León*. Librería Cervantes. Salamanca, 1987.
- Asunción Limpo y Llofríu y Carmen Jorge García-Reyes. *Alfarería Popular de Toro (Zamora)*. Exposición (1987). Zamora, 1987.
- Ignacio Sanz y Jesús Carlos Espinosa. *Mapa de la Alfarería Tradicional de Castilla y León*. Centro Etnográfico de Documentación. Diputación de Valladolid, 1989.
- Primitivo González. *Cerámica preindustrial en la provincia de Valladolid*. Caja de Ahorros Provincial de Valladolid, 1989.
- José Ignacio Romero. *Hombre, barro y fuego en las tierras vallisoletanas*. Caja de Ahorros Provincial de Valladolid, 1989.
- Asunción Limpo y Llofríu, Carmen Jorge García Reyes y Susana Vicente Galende. «Alfarería popular de Toro (Zamora)». *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*. Diputación Provincial, 1989. Pp. 15-91.
- Juan Carlos de la Mata. «La alfarería popular de Benavente». *Brigecio: estudios de Benavente y sus tierras*, 1. Ayuntamiento de Benavente, 1989. Pp. 229-238.
- Mariana Brando Castillo y José Luis González Arpide. *Alfarería popular leonesa*. Diputación Provincial de León, 1990.
- M.^a Victoria Bofill Catalá, Luciano Hernández Ramos y Gloria Latre González. *La alfarería de Alba de Tormes*. Diputación de Salamanca, 1991.
- Ignacio Sanz (recopilador). *Alfarería tradicional de Castilla y León (exposición)*. Junta de Castilla y León. Valladolid, 1991.
- Carlos Piñel. *La Zamora que se va*. Colección de Etnografía Castellano-Leonesa de Caja España. La Opinión-El Correo de Zamora, 1993.
- Ramón Manuel Carnero Felipe. «La arriería "perigüelana" llevó su alfarería a tierras lejanas». *El Filandar: publicación de cultura tradicional*, 6. Asociación Etnográfica Bajo Duero. Zamora, 1993. Pp. 25-28.
- José Luis Argente y Celestino Colín. *Cerámica tradicional en Soria. Ayer y hoy de una realidad artesana (Soria, mayo 1994)*. Imprenta Provincial, 1994.
- Concha Casado Lobato. *Alfarería de Jiménez de Jamuz*. Diputación de León, 1995.
- Bernardo Pérez Correas. *Alfarería. La esencia de la alfarería (exposición)*. Diputación de Salamanca, 1996.
- Natacha Seseña. *Cacharrería popular. La alfarería de basto en España*. Alianza Editorial. Madrid, 1997.
- Ramón Manuel Carnero Felipe. *Historia de Pereruela de Sayago (Zamora) y su alfarería*. Zamora, 1998.
- Rosa M.^a Lorenzo y otros. *Alfares en Salamanca*. Centro de Cultura Tradicional. Diputación Provincial de Salamanca, 1999.
- Ramón Manuel Carnero Felipe. *Historia de la arriería perigüelana: Pereruela de Sayago, Zamora*. Zamora, 2000.
- Carlos Antonio Porro Fernández. «Los alfares tradicionales en la provincia de Palencia. Catálogo de los tipos: situación actual y expansión del comercio cerámico. Las relaciones de esta provincia con las de su entorno: León, Burgos, Valladolid y Zamora». *Estudios de etnología en Castilla y León (1992-1999)*. Junta de Castilla y León, 2001. Pp. 379-384.
- Bernardo Pérez Correas (coord.). *Útiles del pasado. Hijos de Dios, hijos del barro (Exposición)*. Ayuntamiento de Alba de Tormes. Caja Duero, Salamanca, 2002.

Olatz Villanueva Zubizarreta. «De realengo y de señorío: la cotidianidad doméstica a través de la cultura material». *Regnum: corona y cortes en Benavente (1202-2002)*. Ayuntamiento de Benavente-Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo. Benavente, 2002. Pp. 167-175.

Agustín García Benito. *Cerámica tradicional de Peñafiel*. Diputación de Valladolid, 2004.

Manuel Moratinos García y Olatz Villanueva Zubizarreta. «El artesanado del barro en Toro durante la época Moderna». *Studia Zamorensia*, VII. UNED. Zamora, 2004. Pp. 229-246.

Manuel Moratinos García y Olatz Villanueva Zubizarreta. *La alfarería renacentista del monasterio de Sancti Spiritus el Real de Toro y algunos apuntes sobre la cerámica toresana del siglo XVI*. Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo. Zamora, 2005.

José Luis Hernando Garrido (coord.). *Las alfarerías femeninas* (Zamora, 2006). Museo Etnográfico de Castilla y León, 2006.

Manuel Moratinos García y Olatz Villanueva Zubizarreta. *La alfarería en la Tierra de Zamora en época moderna*. Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo. Zamora, 2006.

José Arias Canga. *La alfarería del Reino de León*. León, 2009.

Ramón Manuel Carnero Felipe. *La alfarería de Pereruela a lo largo de su historia*. Zamora, 2000.

Enrique Echevarría Alonso-Cortés, José Fernández Alejos y Cristina Valdivieso Sanabria. *Alfarería castellana. El obrador de la familia Fernández en Baltanás*. Región Editorial. Palencia, 2013.

TRASFONDO MEDIEVAL DE LOS RELATOS ACERCA DE GAUCHOS MATREROS PERO MILAGREROS (REPÚBLICA ARGENTINA, SIGLOS XIX- XXI)

Margarita E. Gentile

Introducción

En trabajos previos me referí a la continuidad en los Andes de algunas creencias medievales europeas tras su adaptación a las creencias prehispánicas, dinámica que dio lugar a nuevas versiones que contenían temas de ambas vertientes en proporciones desiguales, según la localidad. Pasado el tiempo y bajo ciertas circunstancias, algunas de estas últimas creencias configuraron lo que aquí se conoce como *cultos* o *devociones populares*, que son exteriormente similares a las de los santos canonizados por la Iglesia pero dedicados a quienes ni siquiera fueron propuestos para tales aunque los reconocen como santos sus devotos agradecidos. En esa línea, algunos personajes veterotestamentarios ('Sansón' por 'san Son') y personificaciones de circunstancias ('la muerte' por 'san La Muerte'), también dieron lugar primero a amuletos y luego a cultos no-cristianos (Gentile, 2005, 2007, 2008, 2009, 2011 a b, 2013 a b).

Tras las migraciones internas, y ya en ámbito urbano, estos cultos debieron llenar ciertos requisitos para asegurar su inserción y proyección; antes que nada, les fue necesario fijar un relato —gráfico y literario— que probara la existencia terrenal del futuro santo y que justificara su presentación como modelo de vida, es decir: fotografías, documentos administrativos y, en lo posible, la recopilación escrita de su vida y sus milagros realizada por un periodista o un investigador interesado en esos asuntos.

En consecuencia, desde mediados del siglo xx en adelante tuvo lugar un incremento de esta clase de demostraciones alentadas por el éxito alcanzado por el culto a Difunta Correa; en ese sentido, Chertudi & Newbery (1966-1967, 1978) fueron quienes sistematizaron las pautas imprescindibles para el surgimiento y devenir exitoso de un culto popular a partir del estudio de dicha devoción.

A partir de estas publicaciones, la generación de nuevos cultos o el relanzamiento de los preexistentes se llevó a cabo, en cada caso, cumpliendo puntualmente aquellas pautas; sin embargo, no siempre se replicó el éxito de Difunta Correa porque en su caso confluyeron circunstancias inexistentes en los otros (Gentile, 2009 a).

El tema de este ensayo es acerca de un tipo de culto que en el siglo xix se derivó de la devoción cristiana a las ánimas del purgatorio; se trataba (y trata) del memorial de quienes vivieron penosamente y/o murieron en circunstancias trágicas; el *sucedido* o relato de sus vidas y muertes se transmitían (y transmiten) entre amigos, parientes y vecinos como una forma de compartir la posibilidad de alcanzar una ayuda sobrenatural otorgada por alguien que ha estado cerca de todos ellos.

El culto a quienes vivieron y/o murieron trágicamente tiene variantes; por una parte, quienes vivieron santamente pero con sufrimiento y aceptaron la muerte con alegría. Otro grupo lo forman quienes llevaron una vida sin relevancia particular (según las preferencias que dan lugar a estos relatos) pero que fallecieron trágicamente (Gentile, Muñiz & Cioce, 2005; Faletti, 2006; Mamani, 2011; entre otros). Sin embargo, no es fácil delimitar las variantes en estos casos; aunque la narración se establece con posterioridad al suceso, los hechos contados lo son con carácter retrospectivo, y una de las finalidades del relato es no dejar espacios en blanco en el mismo. Pero casos como los de gauchos muertos en

riñas o durante una persecución por autoridades locales dieron lugar a un conjunto de relatos sobre los que don Félix Coluccio llamó «gauchos milagrosos» (1995).

En lo que sigue, trataré acerca de la articulación del tema *robar a los ricos para dar a los pobres* en las historias de vida de los que llamo «gauchos matreros pero milagrosos». Hasta donde pude averiguar, dicho tema no forma parte de los índices de motivos folklóricos.

Los ámbitos y la dinámica del tema

El culto a Difunta Correa se originó entre los viajeros y arrieros que transitaban los desiertos cuyanos¹, uno de cuyos problemas era el extravío de los animales de transporte o carga que se alejaban de los campamentos y postas en busca de agua; el milagro fundante de la devoción tuvo que ver con eso (Gentile, 2009 a).

Pero en las áreas dedicadas a la producción agropecuaria², parte de las preocupaciones de sus habitantes era tener fuerza física para llevar a cabo los trabajos más rudos, para lo cual el amuleto de san Son tallado en asta de toro era imprescindible; y para salir ileso de las pendencias, lo era un san La Muerte tallado en hueso humano (Ambrosetti, 1967: 43). Otra preocupación regional era la rapiña y los daños que provocaban quienes obtenían por la violencia lo que no habían ayudado a producir. En estos casos, las figuras centrales eran hombres bravos, desertores, cuatrerros y fulleros muertos en riñas, o durante persecuciones por las autoridades locales; en su tumba o lugar de muerte, se les ofrecía velas y monedas para aplacar sus espíritus maliciosos mediante misas que, se decía, encargaba la persona que cuidaba el lugar (Coluccio, 1995: 65 y siguientes).

El culto a las bondadosas ánimas se bifurcó a mediados del siglo XIX, cuando la oposición al gobierno de Bartolomé Mitre por parte de los caudillos federales, que trataron de sostener la Constitución de 1853, terminó con la muerte en Olta (La Rioja) de Ángel Vicente Peñaloza, el Chacho, en 1863; luego, Felipe Varela falleció en Copiapó (Chile), en 1870. De entre los hombres que habían formado parte de la tropa de estos ejércitos, muchos de ellos pasaron como mano de obra rural durante y luego de los gobiernos de Domingo F. Sarmiento³. Se los llamaba *gauchos*.

A su vez, algunos de los *gauchos* prefirieron ganarse la vida robando ganado y bienes transportados por los arrieros, tanto en beneficio propio como de quienes los contrataban para eso. Estos bandoleros se instalaban en los pasos estrechos de los caminos andinos (las peñas) y los oasis (las represas); carneaban reses en cualquier lugar del campo, conseguían dinero y *pilchas* (ropa) haciendo trampas en los juegos de naipes y taba, en las pulperías⁴. Algunos defendían a algún caudillo regional, pero en todos los casos el ejercicio de la justicia por mano propia, o la muerte ajena *en buena lid* (como dirían las novelas quinientistas), los arrinconó en los bordes de la legalidad de la época bajo el nombre de *gauchos matreros*, es decir, perseguidos por las autoridades locales.

1 Actuales provincias de San Luis, Mendoza y San Juan.

2 Principalmente las actuales provincias de La Pampa, Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos.

3 Provincial, 1862-1864; y nacional, 1868-1874.

4 «Pulpería. Despacho de comestibles y bebidas en la campaña, más importante que el boliche. [...] es almacén, tienda, taberna y casa de juego...». Saubidet, 1975: 313.

Una interpretación elemental del martirio cristiano transformó a algunos de ellos en centro de una devoción popular que no cuestionaba sus robos y asesinatos, sino que solamente tomaba en cuenta la forma como habían muerto.

Pero no todos los gauchos eran matreros; también durante el siglo XIX algunos poetas urbanos se concentraron en los gauchos, su patriotismo y los trabajos del campo, llegando algunos de ellos a remedar en sus textos el que suponían era su modo de hablar característico⁵. Entre los protagonistas estaban Martín Fierro, sus hijos y el viejo Viscacha, personajes de José Hernández (1872, 1878, 2010); el legendario payador Santos Vega, que mereció desiguales poemas de Hilario Ascasubi (1872, 2003), Rafael Obligado (1885, 2003) y Bartolomé Mitre (1891, 1916); Juan Moreira por Eduardo Gutiérrez (1888, 2003); y sin agotar la lista de autores pero en otra línea de la misma temática, Estanislao del Campo recogió las impresiones de Anastasio el Pollo sobre la puesta en escena del Fausto, de Gounod en el teatro Colón de Buenos Aires (1866, 2001). A mediados del siglo XX todavía se llamaba *gauchos* a los trabajadores de las áreas rurales que guardaban el ganado mayor y eran excelentes jinetes.

Pero la transfiguración de un bandido rural muerto trágicamente en santo por aclamación del pueblo⁶ necesitaba de la demostración de que el candidato había transitado una vida digna de ser imitada. De manera que, para presentar a mediados del siglo XX a un bandido rural como modelo de vida, era imprescindible explicar su accionar en términos aceptables para la época; una vía era sintonizar su historia con alguna forma de justicia social, recurso literario no novedoso cuya eficacia se venía probando desde muy lejos.

Gauchos matreros pero milagrosos

De las biografías de «gauchos milagrosos», solamente en seis —las de Juan Bautista Bairoletto, Juan Francisco Cubillos, Andrés Bazán Frías, Antonio Gil, Aparicio Altamirano y José Dolores Córdoba— quedó registro del tema «robar a los ricos para dar a los pobres»; todos ellos tenían sitios de devoción, historia, y algunos hasta fotografía⁷ y compuesto⁸ (Coluccio, 1995).

Hugo Chumbita agregó a esta lista de los que llamó «bandidos sociales»⁹ a Olegario Álvarez (el gaucho Lega) y a Mariano Córdoba, sin indicar la razón por la que los consideró dentro de dicha definición; y, como característica general a todas las biografías que publicó, este autor insistió en que los pobladores de las áreas rurales ayudaban a estos gauchos escondiéndolos, suministrándoles víveres, etcétera, porque ellos, a su vez, los ayudaban con dinero (Chumbita, 1995, entre otros).

5 Las «rustiqueces pastoriles», como las llamaba el folklorista don Juan A. Carrizo en 2008. Ver también los trabajos de Jorge L. Borges y Margarita Guerrero en 1933, Mario A. López Osornio en 1945, Olga Fernández Latour de Botas en 1977 y José L. Moure en 2010 y 2011, entre muchos otros.

6 En la Edad Media, esta aclamación se realizaba frente a la casa del obispo.

7 Bairoletto, el gaucho Cubillos y José Dolores; así los nombran sus devotos.

8 Especie literaria propia del litoral fluvial argentino (provincias de Corrientes y Entre Ríos), similar al romance castellano tardío, aunque no siempre respetó sus pautas; también llamado *romance criollo*, *corrida*, *corrido* y *argumento*; eran cuartetos que, según los casos, cambiaba la música (polka o chamamé) y la organología (guitarra o acordeón) con que se acompañaban. Un panorama sobre el tema en O. E. Fernández Latour de Botas, 1969.

9 H. Chumbita reconoce el origen de sus trabajos, en los de Eric J. Hobsbawm, pero también siguió de cerca a otros autores que discutieron las teorías de dicho autor.

En mi opinión, Chumbita no tomó en cuenta que ante la llegada de uno o varios fugitivos, los pobladores de ranchos aislados en medio del monte o la llanura no tenían otra opción más que ayudarlos; de otra manera, los hubiesen matado como parece que hicieron en algunos casos, y aun se mataban entre ellos mismos si sospechaban que podían ser delatados por sus compinches. Como demostración de adhesión, al tiempo que de instinto de supervivencia, los relatos y coplas debían difundir sus hazañas en el tono de tales durante los bailes en las pulperías. En este punto no excluyo que hubiese un tanto de simpatía hacia quienes parecían capaces de enfrentar y burlar a los poderosos, no obstante que la cercanía de ambos (gauchos matreros y ricos) era peligrosa para quienes no eran ni unos ni otros.

Los gauchos matreros en el milenio

Unos quince años antes del milenio, se organizó y relanzó uno de los cultos citado por Coluccio, usando todas las técnicas de mercadeo vigentes, y en poco tiempo se expandió su popularidad. Siguiendo las pautas de Chertudi & Newbery, se amplió su escueta biografía, se le asignó una imagen¹⁰ y se le cambió el nombre de «curuzú Gil» o «gaucho Gil»¹¹ a «Gauchito Gil», en diminutivo, como un mote cariñoso y familiar. Sin embargo, su gráfica no reflejaba el aspecto de un gaucho correntino (J. Tabares, com. per.; Sousa, 2008, 2011), tal como se decía que era en su historia de vida (Gentile, 2010 a, b). Finalmente, los machacones medios masivos de comunicación pudieron imponerlo, y a su amparo se desarrolló velozmente una industria de fabricación de objetos recordatorios, se le dedicaron chamamés¹², el sitio donde se dice que fue muerto se convirtió en un santuario con su respectiva feria y servicios, no faltó quien tratara de aprovechar su fama para difundir algún lema político en época de elecciones, etcétera. Hay abundante información sobre el tema en la red global, además de infinidad de libros publicados y accesibles.

En la misma línea, en 2001 el cantante León Gieco editó su disco *Bandidos rurales*; el tema central era un largo relato sobre vida, obra y muerte de Juan Bautista Bairoletto y Mate Cosido¹³, cerrando el tema con una lista de nombres. Y un poco después, tras la estela de estos éxitos consecutivos, en estos últimos años se tratan de expandir los cultos preexistentes a otros gauchos correntinos, como

10 Hasta donde Sousa (2010) pudo averiguar, no hay fotografías del gaucho Gil; mi recopilación de estampitas procedentes de distintos lugares y momentos muestra que se trata de una imagen en constante cambio por parte de los impresores. A esto debe sumarse su interpretación por artistas plásticos como Joaquín Molina (conceptual), Sergio Gravier (simulacros de construcciones devocionales) y Charlie Goz (estilo manga), entre otros. De las realizadas por Gravier, la única que continuó como sitio de ofrendas es la dedicada a Difunta Correa, en la esquina de Thames y pasaje Santa Rosa, barrio de Palermo (MEG, obs. pers.).

11 En lengua guaraní, *la cruz de Gil*; curuzú, por cruz, es el nombre de un sitio señalado con una cruz porque allí está enterrado alguien que falleció fuera de su casa, generalmente de manera trágica; quienes lo consideran intermediario de sus oraciones rezan por su alma y dejan ofrendas de velas y dinero para misas.

12 El chamamé es una variación de la polca; el baile es de pareja enlazada e independiente, y se acompaña generalmente con música de acordeón. Ver aquí la nota sobre las especies literarias del litoral fluvial argentino.

13 El texto de la canción en la red global dice «mate cocido»; así escrito se referiría a la infusión de yerba mate, pero el asunto es que ese delincuente era apodado Mate Cosido por cicatrices en la cabeza, llamada vulgarmente mate (Gobello, 1982, 133), es decir, cabeza ¿o cara? llena de costurones, cosida.

Turquía y Lega, y hasta de volcar en la biografía del comisario tucumano apodado Malevo¹⁴ Ferreyra parte del espíritu contestatario de los gauchos matreros decimonónicos (Pintado, 2011 a b).

La esencia medieval europea

Aquellos seis gauchos canonizados popularmente se destacaron porque de ellos se decía que robaban a los ricos para dar a los pobres, al igual que el legendario Robin Hood, que parece que era uno de los apodos de Bairoletto¹⁵. De ser así, tomando en cuenta los años de actuación de este último, el mote nos permitiría fechar el surgimiento del tema «robar a los ricos para dar a los pobres» entre 1930 y 1950; luego, cuando casi a fines del siglo xx se relanzaron los cultos a los gauchos matreros, dicho tema se trasladaría y encajaría retrospectivamente en la historia de vida de los bandoleros activos en las áreas rurales argentinas, pero dejando fuera al narrador de la leyenda canónica y su contexto. Veamos esto más de cerca por lo que pueda aportar al conocimiento de los préstamos, continuidades y cambios en el folklore.

De Robin de Locksley, tal vez conde luego de su participación en la guerra en Francia, dice la leyenda que sus hechos transcurrieron hacia 1215 en los alrededores de la actual ciudad de Sheffield; allí, este hidalgo sajón huyó de su propiedad perseguido a muerte por un señor feudal normando. Para salvar su vida, se refugió en el vecino bosque de Sherwood, del que salía de vez en cuando para asaltar a los viajeros que transitaban el camino real que lo rodeaba. Además, cazaba los ciervos y venados que escapaban del coto de caza del señor. Apodado Robin Hood por la caperuza que solía usar, no fue el primero ni el último en buscar refugio en Sherwood; tanto esclavos como hombres libres y ladrones ya vivían allí a su llegada, pero dicen que él los organizó, generando la costumbre de robar y extorsionar solamente a los ricos para ayudar a los pobres y débiles (viudas, niños, ancianos).

Tras la muerte de su amada Mariana, Robin repartió entre los suyos el botín que restaba y todos se dispersaron rumbo a diversas ocupaciones, fuera del bosque de Sherwood. Su fiel guardaespaldas, Little John, lo acompañó en un viaje un tanto errático durante el cual Robin enfermó; al igual que la mayoría de la gente de su época, él creía que la forma adecuada de bajar la fiebre o sacar del cuerpo los malos humores era una sangría, y para eso acudió al convento del que su tía era abadesa donde esta lo desangró saizando una vena que no era la adecuada.

Para rematar la historia, contaba Little John que al quedarse solo y pesarle los años, comenzó a ganarse la vida yendo por los pueblos, narrando en ferias, plazas, mercados y tabernas las hazañas de la banda y su jefe. Su historia contenía los elementos necesarios para gustar al público: desenfadadas burlas a los barones, un amor correspondido pero contrariado por la muerte, la fidelidad inalterable de los compinches, la justa muerte del mayor enemigo de Robin, y el destacado buen trato y cordialidad de los habitantes de Sherwood quienes, además, no renegaron jamás de la religión cristiana, como lo demostraba el hecho de que contaban en sus filas con un fraile, aunque de ignota orden.

Es decir, ya para esa fecha (ca. 1215), había sido necesario agregar, como justificación de robos y muertes, que se repartía algo del botín así obtenido entre quienes más lo necesitaban; este escolio tenía la finalidad de atraer el interés y la piedad del público dispuesto a pagar al narrador por un rato de esparcimiento, y también ahuyentar la idea de que el narrador incitaba a su público a la rebelión.

14 «Malevo. Maleante, maligno. Matón, pependenciero, valentón. Del español malévolo: inclinado a hacer el mal». (Gobello, 1982: 129).

15 Otro apodo: «El Atila de las pampas», Coluccio, 1995: 79. También se decía de Los Gardelitos que repartían parte del botín con gente carenciada (MG, obs. pers.).

Que Little John resaltara determinadas situaciones a fin de responder a las expectativas de sus oyentes muestra la antigüedad y el éxito de este recurso; es decir, no todo fueron «alegres aventuras» (Pyle, 1994) o una lucha por la libertad y la justicia, como quisieron luego las versiones hollywoodenses.

El éxito acompañó, hasta hoy, la difusión de la leyenda de Robin Hood, tal vez porque la misma la protagonizaban la valentía, la amistad y la justicia, valores siempre deseables pero escasos. Sin embargo, el relato canónico esconde mal los matices políticos y sociales, banalizando así tanto el propósito de Little John como el de cualquier autor que use dicho texto como explicación del accionar de los bandoleros rurales. La historia de cualquiera de ellos, cuando es posible documentarla, muestra la vigencia de los mercenarios de la violencia, que continuaron en el siglo xx en bandas como las de Los Gardelitos, en San Miguel de Tucumán (Coluccio, 1995; Camps, 2009; Pintado, 2008, 2011 a; entre otros autores), y los llamados «barra-brava» que trascendieron sin disimulo las canchas de fútbol en el siglo xxi.

Recapitulación

Hoy se dispone de opiniones, públicas y enfrentadas, acerca del reparto social de bienes terrenales porque el tema tiene muchas posibilidades de abordaje; en el caso que interesa aquí, un argumento para explicar el accionar de los gauchos matreros decimonónicos facilitó el surgimiento de cultos a algunos de ellos a la vez que abría el abanico de las manufacturas asociadas a dicho culto; las mismas se realizaban, al principio, en el reducido espacio de viviendas suburbanas, pero desde hace unos años la mayoría se contratan en China conservando su aspecto de hechura semiindustrial y generando puestos de trabajo solamente en los puntos de venta.

Por otra parte, la gran cantidad de devotos de Gauchito Gil trasladaron el sentido de la devoción al adherir el culto a lemas de movimientos políticos regionales, y a la umbanda mediante la compañía con Señor la Muerte; su yuxtaposición se explica diciendo que SLM protege al GG, y aunque cabe preguntarse dónde estaba cuando lo mataron sin embargo no puede dejar de notarse el traslado hacia adelante del poder del amuleto descrito por Ambrosetti.

En otra línea están quienes tratan que los cultos previos dedicados a los otros gauchos matreros alcancen similar popularidad, como José Dolores Córdoba, Turquña, Lega o Isidro Velázquez (Ferrer, 2011; Pintado, 2011 b; Solans, 2011), en tanto que los hay que sostienen austeramente la popularidad alcanzada, como observamos en el caso de Juan Francisco Cubillos.

Todos estos gauchos fueron elevados al rango de santos populares primero por su condición de muertos con violencia y a partir de una interpretación del martirio cristiano; luego se agregó el respaldo del relato canónico de Robin Hood el cual, bien leído, no los favorece, aunque sus devotos parece que no lo ven así.

Por otra parte, aunque el surgimiento del tema que acabamos de ver puede ubicarse en un momento histórico más o menos acotado, soy de la opinión de que entre los lejanos antecedentes de las historias de vida de los gauchos milagrosos se encuentran los romances castellanos, diferentes en forma pero similares en contenido y propósitos. Sus autores son, parafraseando a Carrizo, «poetas y escritores de ciudad».

Finalmente, tenemos que, por ahora, quedan en un espacio indiscernible las historias de quienes, antes que gauchos matreros, fueron jinetes levados de las vaquerías por los ejércitos federales y que sostuvieron la Constitución de 1853 enfrentando al gobierno nacional que trató de sobrepasarla. En-

tretanto, los jinetes riojanos, entre otros, continúan con sus exhibiciones de destreza ecuestre, luciendo caballos y aperos en los desfiles de las agrupaciones gauchas (Quintero, 2008, entre otros autores).

Margarita E. Gentile
Investigador CONICET – Museo de La Plata
Profesora Titular, cátedra de Instituciones del Período Colonial e Independiente
Instituto Universitario Nacional del Arte, Buenos Aires

BIBLIOGRAFÍA

- AMBROSETTI, J. B.: *Supersticiones y leyendas. Región misionera, valles Calchaquíes y las pampas*, Santa Fe, [1917] 1967.
- ANÓNIMO: *Robin Hood. Leyenda inglesa*, Buenos Aires, [ca. 1215] 2006.
- ASCASUBI, H.: *Santos Vega o los mellizos de la flor. Rasgos dramáticos de la vida del gaucho en las campañas y praderas de la República Argentina*. Buenos Aires, [1872] 2003. <http://www.biblioteca.org.ar/libros/92803.pdf>
- BORGES, J. L. & GUERRERO, M.: El «Martín Fierro». En *Obras completas en colaboración*. Barcelona, [1933] 1999, pp. 511-565.
- CAMPS, S.: *El Sheriff. Vida y leyenda del Malevo Ferreyra*. Buenos Aires, 2009.
- CARRIZO J. A.: *Rustiqueces pastoriles y matonismo en algunos poetas del Río de la Plata*. San Isidro, 2008.
- COLUCCIO, F.: *Cultos y canonizaciones populares de Argentina*. Buenos Aires, 1986.
- COLUCCIO, F.: *Las devociones populares argentinas*. Buenos Aires, 1995.
- CHERTUDI, S. & NEWBERY, S. J.: «La Difunta Correa», *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 6, 1966-1967, pp. 95-178.
- CHERTUDI, S. & NEWBERY, S. J.: *La difunta Correa*. Buenos Aires, 1978.
- CHUMBITA, H.: «Bandoleros santificados», *Todo es Historia* 340, 1995. <http://www.hugochumbita.com.ar>
- DEL CAMPO, E.: *Fausto: impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta ópera*. Buenos Aires, [1866] 2001. <http://www.cervantesvirtual.com/obra/fausto-impresiones-del-gaucho-anastasio-el-pollo-en-la-representacion-de-esta-opera--0/>
- FALETTI, M.A.: «Monumentos fúnebres y cultos familiares en torno a la muerte trágica. Río Cuarto, Córdoba, siglo XXI». En *Folklore Latinoamericano* IX, 2006, pp. 87-98.
- FERNÁNDEZ LATOUR DE BOTAS, O. E.: *Folklore y poesía argentina*. Buenos Aires, 1969.
- FERNÁNDEZ LATOUR DE BOTAS, O. E.: *Prehistoria de Martín Fierro*, Buenos Aires, 1977.
- FERNÁNDEZ LATOUR DE BOTAS, O. E.: «Estudio preliminar, revisión del texto y bibliografía» en CARRIZO J. A., *Rustiqueces pastoriles y matonismo en algunos poetas del Río de la Plata*. San Isidro, 2008, pp. 11-68.
- FERRER, R. E.: «Historia, folklore y arte en la configuración y difusión de devociones populares. Sistematización de los datos correspondientes a la provincia de San Juan, República Argentina (siglos XIX a XXI)». En GENTILE M. E., *Historia, arte y folklore de devociones populares argentinas: estudios y reflexiones entresiglos*. Buenos Aires, 2011, pp. 61-97.
- GENTILE, M. E.: «Un poco más acerca de la apachita andina». En *Revista Espéculo* 29, Madrid, 2004. <http://www.ucm.es/info/especulo/numero29/apachita.html>
- GENTILE, M. E., MUÑIZ, A. G. & CIOCE, D. P.: «Familia y sociedad: dinámica de algunos cultos emergentes». En *Folklore Latinoamericano* VIII, 2005, Buenos Aires, pp. 147-156. Reeditado en GENTILE M. E., *Historia, arte y folklore de devociones populares argentinas: estudios y reflexiones entresiglos*. Buenos Aires, 2011, pp. 143-154.
- GENTILE, M. E., SOUSA, I. C. & FALETTI, M. A.: «La resignificación de las devociones populares y la banalización del folklore», *Revista Signos Universitarios Virtual*, Buenos Aires, 2006. <http://www.salvador.edu.ar/vrid/publicaciones/revista/margaritaGentile.htm>

- GENTILE, M. E.: «Un relato histórico incaico y su metáfora gráfica». En *Revista Espéculo* 36, Madrid, 2007. <http://www.ucm.es/info/especulo/numero36/relainca.html>
- GENTILE, M. E.: «Escritura, oralidad y gráfica del itinerario de un santo popular sudamericano: san La Muerte (siglos xx-xxi)», *Revista Espéculo* 37, Madrid, 2008 a. <http://www.ucm.es/info/especulo/numero37/sanlamu.html>
- GENTILE, M. E.: «Innovar con arcaísmos: San Son, presencia urbana de un culto popular rural», *Folklore Latinoamericano* X, Buenos Aires, 2008 b, pp. 191-197.
- GENTILE, M. E., SOUSA, I. C. & PINTADO, C. L.: «Continuidades y cambios en la expansión del culto público a Señor la Muerte», *Folklore latinoamericano* XI, 2008 c, pp. 147-157.
- GENTILE, M. E.: «Confluencias en la formación del relato y la gráfica de una devoción popular argentina: Difunta Correa (siglos xix-xxi)», *Revista Espéculo* 41, 2009 a. <http://www.ucm.es/info/especulo/numero41/difcorre.html>
- GENTILE, M. E.: «Gráfica de las devociones populares: los exvotos pictóricos». En *Ildo. Congreso Regional de Folklore y Cultura Tradicional*. Río Cuarto, 2009 b.
- GENTILE, M. E.: «Génesis de algunas devociones populares en áreas rurales (Argentina, segunda mitad del siglo xix)». En *Los días de Sarmiento* (LEIVA, A. D. coordinador). San Isidro, tomo I, pp. 349-356. 2010 a.
- GENTILE, M. E.: «Ciento nueve años después de "La Cruz en América"». En *Simposium (XVIII Edición)*. CAMPOS, F. J. coordinador, San Lorenzo del Escorial, pp. 997-1014, 2010 b. <http://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=424679>
- GENTILE, M. E. (compiladora): *Historia, arte y folklore de devociones populares argentinas: estudios y reflexiones entresiglos*. Buenos Aires, 2011 a.
- GENTILE, M. E.: «Dinámica de las devociones populares grupales y familiares. Estudio de casos como aporte a problemas teórico-metodológicos en folklore». En *9 Temas de Etnohistoria. Devociones populares y creencias, siglos xv a xxi*. Buenos Aires, pp. 275-350, 2011 b.
- GENTILE, M. E.: «Origen, devenir y nuevos tipos de la medida para curar (República Argentina, siglos xx-xxi)». En *Revista de Folklore Fundación Joaquín Díaz* 376. Valladolid, pp. 4-19, 2013 a. <http://www.funjdiaz.net/folklore/06sumario.php?NUM=376>
- GENTILE, M. E.: «Expresiones populares de la devoción a san Antonio de Padua en la República Argentina, siglos xx-xxi», en CAMPOS, J.: *El patrimonio inmaterial de la cultura cristiana*, San Lorenzo del Escorial, pp. 861-878, 2013 b.
- GIECO, L.: *Bandidos rurales*. Buenos Aires, 2001. <http://www.música.com>
- GOBELLO, J.: *Diccionario lunfardo y de otros términos antiguos y modernos usuales en Buenos Aires*, Buenos Aires, [1975] 1982.
- GUTIÉRREZ, E.: *Juan Moreira*, Buenos Aires, 1888. <http://www.biblioteca.org.ar/libros/8829.pdf>
- HERNÁNDEZ, J.: *Martín Fierro*, Buenos Aires, [1872, 1878] 2010.
- LÓPEZ OSORNIO, M. A.: *Habla gauchesca*, Chascomús, 1945.
- LUDMER, J.: *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, [1988] 2012.
- MAMANI, F. M. J.: «Pedrito Sangüeso. Dinámica de una devoción popular». Gentile M. E., *Historia, arte y folklore de devociones populares argentinas: estudios y reflexiones entresiglos*. Buenos Aires, 2011, pp. 423-473.
- MITRE, B.: *Armonías de la Pampa*, Buenos Aires [1891] 1916. <http://www.folkloretradiciones.com.ar/literatura/Armonias%20de%20la%20Pampa.pdf>
- MOURE, J. L.: «La lengua gauchesca en sus orígenes», *Olivar* 11. La Plata, pp. 33-47, 2010. http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4497/pr.4497.pdf
- MOURE, J. L.: «La construcción de la variedad lingüística gauchesca en el Río de la Plata», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* 17. Cádiz, pp. 1-14, 2011.
- OBLIGADO, R.: *Santos Vega*, Buenos Aires, [1885] 2003. <http://www.biblioteca.org.ar/libros/71156.pdf>
- PINTADO, C. L.: «Aportes al folklore urbano», *Boletín de Lima* 153, Lima, pp. 137-150, 2008.
- PINTADO, C. L.: «La muerte de un polémico personaje: el Malevo Ferreyra», *Simposio "Muerte, Sociedad y Cultura"*. Chivilcoy, 2011 a.

PINTADO, C. L.: «Nuevos datos sobre un culto popular de la campaña correntina: Turkiña», *Historia, arte y folklore de devociones populares argentinas: estudios y reflexiones entresiglos*, Gentile M. E. (comp.), Buenos Aires, pp. 560-573, 2011 b.

PYLE, H.: *Las alegres aventuras de Robin Hood*. Barcelona, [1883] 1994.

http://www.planetpdf.com/planetpdf/pdfs/free_ebooks/The_Merry_Adventures_of_Robin_Hood_NT.pdf

QUINTERO ELÍAS, S.: *Gauchos riojanos, hoy. Agrupaciones gauchas, su paradigma ideológico*, La Rioja, 2008.

SAUBIDET, T.: *Vocabulario y refranero criollo*, Buenos Aires, [1943] 1975.

SOLANS, P. J.: *Isidro Velázquez, el último bandido rural*. Buenos Aires, 2011.

SOUSA, I. C.: «Tipologías de representación en el culto a Gauchito Gil», *Folklore Latinoamericano XI*, Buenos Aires, pp. 319-331. 2008.

SOUSA, I. C.: *Gauchito Gil. Imagen y representaciones*, Buenos Aires, 2010.

VORÁGINE, S. de la: *La leyenda dorada*, Madrid, [ca. 1264] 1987.

Apéndices

Apéndice gráfico

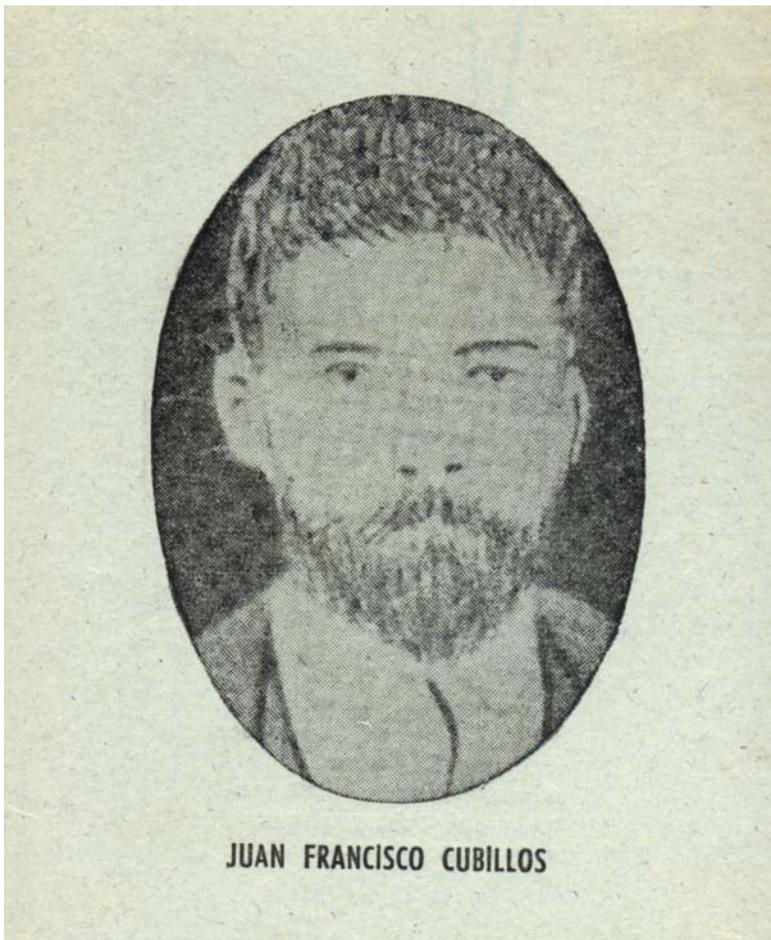


Sitio dedicado a Difunta Correa en Vallecito, provincia de San Juan. En una de las llamadas «capillas viejas», que son las primeras que se construyeron en el lugar, se encuentra esta figura, casi de tamaño natural, sentada. A pesar de estar rodeada de ofrendas y exvotos fotográficos, se trata de una versión poco conocida y menos aún difundida. Foto cortesía de Rodolfo E. Ferrer

San la Muerte. Talla en hueso en retablo de madera realizada por don Ramón G. Cabrera. Provincia de Corrientes, fines del siglo xx. Alto 7 cm, ancho 2,5 cm. Colección del Museo de Motivos Populares «José Hernández», Buenos Aires. Los SLM tallados en hueso humano se insertaban bajo la piel, en el brazo, como amuleto contra las balas



Juan Bautista Bairoletto. Foto del prontuario policial publicada en el Diccionario de Mitos, www.cuco.com.ar



Juan Francisco Cubillos. Imagen que tiene en el reverso un poema anónimo; estampa de cartulina color verde claro; mide 0,11 x 0,14 m; impresa a partir de una fotografía. Sin fecha de edición, pero anterior a 1980. Cortesía de R. E. Ferrer

Juan Francisco Cubillos. Grafiti sobre el muro en el lugar donde se encienden velas, tras su tumba en el cementerio de Las Heras, provincia de Mendoza. Foto MEG, 2011 >

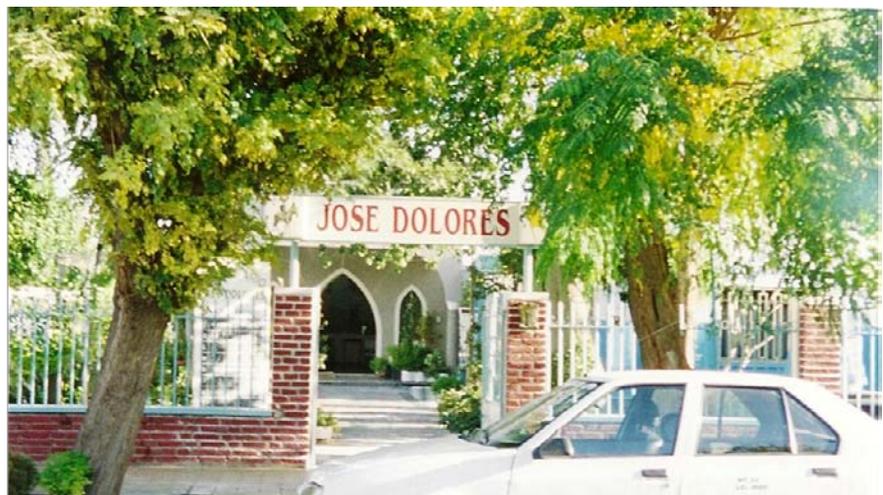


Andrés Bazán Frías. Tumba en el cementerio de San Miguel de Tucumán. Foto MEG, 1991



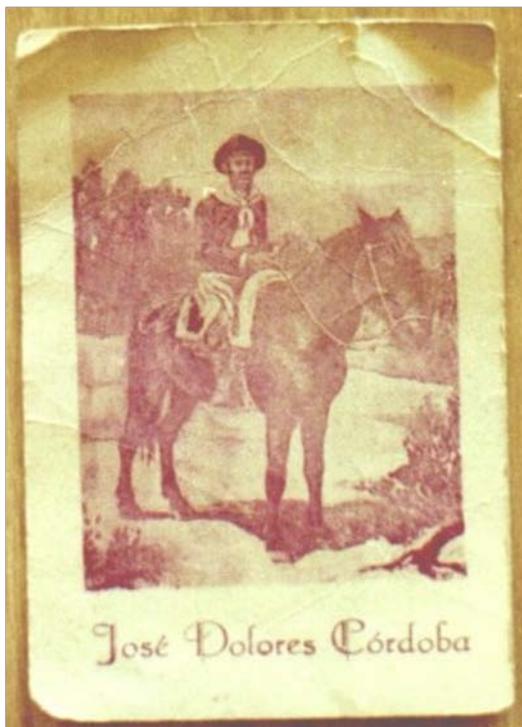
Antonio Gil, Gauchito Gil. Pulsera rosario con imágenes de san Benito, san Jorge, san Expedito, Virgen Desatanudos, Gauchito Gil y Jesús Misericordioso. Foto MEG, 2007. Estas pulseras se importan de China desde el año 2000, aproximadamente <

José Dolores Córdoba. Entrada al principal sitio de devoción en la ciudad de San Juan. Foto cortesía de R. E. Ferrer, 2009 >

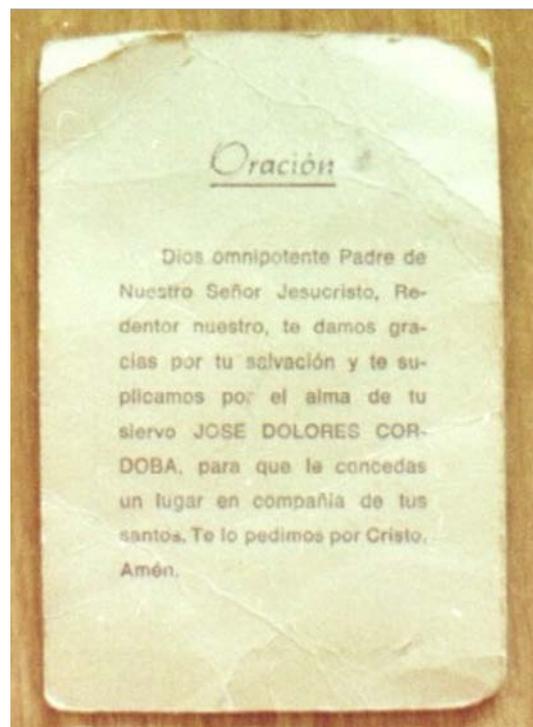




José Dolores Córdoba. Exvoto pictórico en el sitio principal de devoción, en la ciudad de San Juan. Foto cortesía de R. E. Ferrer <



José Dolores Córdoba. Estampa con oración en un altarcito privado en casa de la Sra. Elisa Fontán, Buenos Aires. Foto MEG, 1986



José Dolores Córdoba. Oración en el reverso de la estampa

Gauchito Gil dibujado en estilo manga por Charlie Goz, 2010.
<http://charliegoz.blogspot.com.ar/> >



Cubierta del disco
Bandidos rurales, de
León Gieco, 2001
<

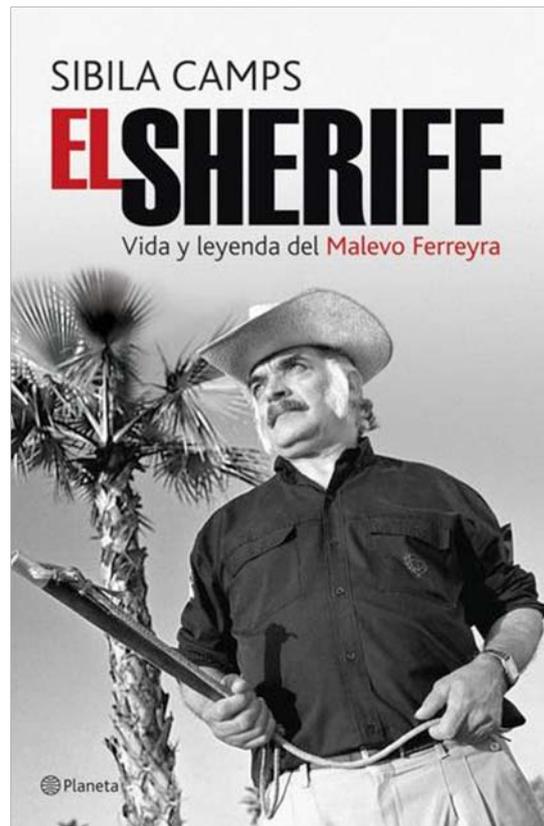


Miguel Galarza (a) Turquña, Guadaña o Chuña. Tumba en Mburucuyá, provincia de Corrientes. En 2009 ya se estaba incentivando el culto. Foto cortesía de C. L. Pintado, 2009



Olegario Álvarez (a) el gaucho Lega. Placas de agradecimiento en la tumba, cementerio de Saladas, provincia de Corrientes. La placa ovalada se dice que es su retrato. Foto cortesía de C. L. Pintado, 2012

Tapa del libro de Sibila Camps sobre la biografía del comisario Mario Malevo Ferreyra



Tumba de Los Gardelitos, en el cementerio de San Miguel de Tucumán. Foto MEG, 1991

MODELO B

M. A. Faletti



53

Acta número *Cincuenta y dos*
 En *Sidras* Departamento de *Provincia*
 Provincia de Córdoba, el día *veintidós* de *enero* de mil
novecientos veintidós a las *diez* horas *de la*
noche minutos Ante mi *Ignacio Castellano* Oficial encargado
 del Registro del Estado Civil compareció

Ordóñez Caballero
Matilde

Don *Pascual Pagano* de *cincuenta y dos*
 años de edad, de estado *casado* de nacionalidad *Italiana*
 de profesión *comerciante* y vecino de esta ciudad
 declarando que a las *ocho* horas *veinte* minutos
 del día *de la fecha* y en *su casa*
Calic Calera ha FALLECIDO Doña *Florencia*
Ordóñez Caballero de nacionalidad *Argentina* nacido
 en *esta* de *veintidós* años de
 edad, de profesión *es libre*
 con

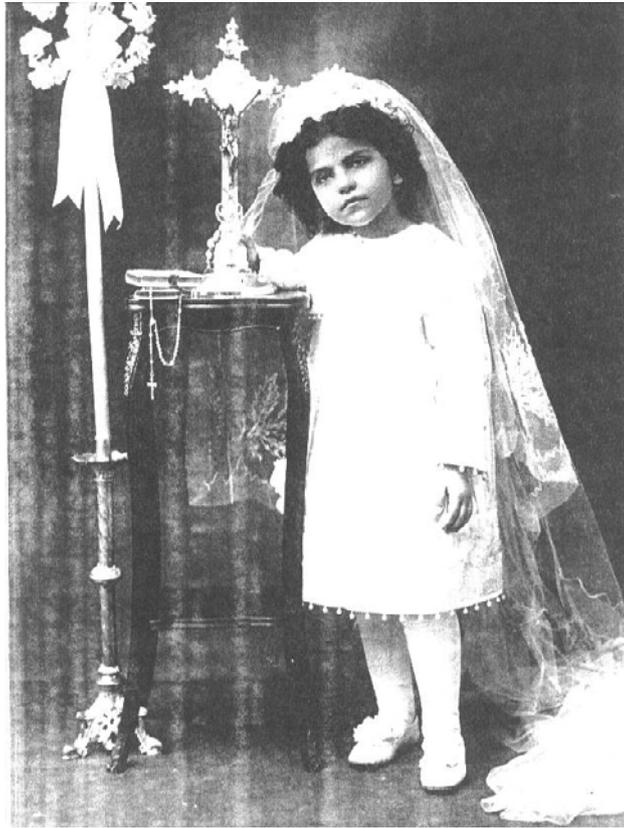
a consecuencia de *Fiebre Tifoidal* según consta
 del certificado medicado *medico del Sr. Juan*
 Que *la* suada ora hija *legítima* de Don *Juan y*
de Doña Florencia Matilde Caballero de nacionalidad

Argentina
 Así mismo se hace constar que *ha testado*

Leída esta acta la firmaron conmigo el declarante y los testigos Don *Domingo*
Balbi
 de *cincuenta y uno* años de edad, de nacionalidad *Italiana*
 de estado *casado* y de profesión *agricultor* y Don *Fortino*
Rezzi de *veintidós* años de edad,
 de nacionalidad *Italiana* de estado *casado* y de profesión
farolero vecinos de esta ciudad. Sigue a la *acta*
de Juana Hernández
Pascual Pagano

Domingo Balbi

Tipo de documento para la historia de un culto popular: acta de defunción de Florencia Matilde Ordóñez Caballero, Florencita. Foto cortesía de Marcos A. Faletti



Tipo de documento para la historia de un culto popular: Florencita, retrato recuerdo de su Primera Comuni3n. Foto cortesía de Marcos A. Faletti

Atenci3n Debotos y Promeseros

Atenci3n la Verde, la escondida, Solari, Elisa
Colonias Unidas, Las Garcitas, Machagay, Quitilipi
Ciervo Petiso, Laguna Limpia, Pampa del Indio

A todos los pueblos ,Colonias y Parajes
Vamos todo el **1 de Diciembre** a Pampa Bandera
a la Cruz de Isidro Velázquez
Invitamos a todos los músicos y público en General
Habrá Rezo y Bailanta en el Lugar
Venta de Asados y Bebidas
Invitan la comisi3n de Machagai y el Sapucay de
Velazquez

**No se olviden !!! el 1 de Diciembre,
Explota Pampa Bandera**

Invitaci3n a una celebraci3n en honor de Isidro Velázquez. www.elortiba.org¹⁶

16 Ortiba: batir, al revés (vesre); alcahuete.

Apéndice literario

En los textos copiados a continuación se respetó la ortografía y sintaxis de los originales.

1. Anónimo sin fecha, impreso en el revés de una estampita con el retrato de Juan Francisco Cubillos.

Soy el eco de una raza / raza gaucha que murió. / Dejando altiva en la patria / su gloriosa tradición. /
El viento de las montañas / y los caminos del sol. /

flecos de pampa cuyana / que adornan mi corazón / cantan en criollas guitarras / la historia de mi
valor: / yo soy el Gaucho CUBILLOS / trenza de santo y ladrón / pues, no soy mejor que nadie / ni
nadie es mejor que yo! /

Madres, que penais sufriendo / la pena de algún dolor, / rezad por mi pobre alma / que yo he de oír
la oración / y desde el cielo, al que sufre / le encomendaré al Señor, / pues, si la Ley me ha seguido, /
ciega, ingusta y feroz / sabrán despues de mi muerte: / que no fui mejor que nadie, / ni nadie mejor
que yo!

2. Letra del compuesto dedicado al gaucho Miguel de Galarza, alias Turkiña, de autoría de Antonio Álvarez Lottero, registrado por Carlos López Breard, según Coluccio (1986: 83).

Hace tiempo en Empedrado¹⁷, / Y demostrando la inquina, / Alguien dijo su apellido: / Galarza, es
decir Turkiña.

Y mencionaron también / un amor contrariado / ¡traicionaron a Turkiña, / y que se aguante el
osado!

Yo alcancé a escuchar / su nombre / y me pareció volver / a encontrarme con el hombre.

Era tan alto y bien plantado, / con su nariz aguileña / (que le valió el sobrenombre) / de larga y lacia
melena.

No recuerdo el hecho bien / pero fue en alguna esquina¹⁸, / ¡cuando encontró al traidor / vengó la
ofensa Turkiña!

Pero si valía su nombre ... / ¡El no era un asesino / pues paga el que juega sucio / con un varón
correntino!

Y fue así como Turkiña / se transformó en gaucho alzado¹⁹ / ¡Su fama aún se comenta / por los
campos de Empedrado!

17 Localidad de la provincia de Corrientes.

18 «Esquina. Pulpería o boliche en el campo. El nombre le quedó a estos negocios porque generalmente estaban situados en las esquinas de los pueblos o calles en el campo» (Saubidet, 1975: 153).

19 «Alzado. Rebelde, indómito. Gaucho alzado: fugitivo, escapado, perseguido por la policía» (Saubidet, 1975: 13).

Pero un día halló la muerte. / Le picó el corazón / una avispa que escapara / del revólver de Monzón.
Y se hizo una leyenda / en la tierra correntina. / Vaya pues este compuesto / ¡Por Galarza ... Por
Turquiña ...!

3. Chamamé dedicado al Gauchito Gil; letra y música de El Gaucho Talas

www.elgauchotalas.com.ar

Alla en Corrientes, / alla en Mercedes / hay un gauchito / que es salvacion / todos los fieles / y
promesantes / le dan un reso /en oracion.

Banderas rojas, / flamean al viento / como homenaje / al pueblo dio / por ser valiente / salvo a los
pobres / y al mas humilde / les dio su amor.
[estribillo]

Gauchito Gil, / que alla en el cielo / hoy tus paisanos / rezan por vos, / Gauchito Gil / fiel correntino /
son tus milagros / de paz y amor...

Cerca del cruce, / de las picadas / lo asesinaron / y fue a traicion / lo degollaron / salvajemente / y el
Gaucho Gil... / les dio el perdon.

Y el les gritaba / que era inocente / pero el sargento / no lo escucho / con su machete / apago la
vida / de un gaucho noble / que esta con dios.
[estribillo]

Gauchito Gil, / que alla en el cielo / hoy tus paisanos / rezan por vos, / Gauchito Gil / fiel correntino /
son tus milagros / de paz y amor...

Agradecimientos

Institucionales

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, República Argentina.
Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires.
Instituto Universitario Nacional del Arte, Buenos Aires.
Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Personales

Hugo A. Pérez Campos y Rodolfo A. Raffino.

Dedico este trabajo al Prof. Dr. Luis Millones Santa Gadea, quien desde su cátedra en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos supo proyectar en sus alumnos el interés por el estudio de los valores y creencias populares.

EL CULTIVO DE LA VID EN GUADALIX DE LA SIERRA (MADRID)

José Manuel Fraile Gil

Mucho sorprenderá el título de este artículo a quien en las últimas décadas haya visitado el pueblo madrileño que apunta su epígrafe, pues ha ya muchos años que desaparecieron de su paisaje los viñedos o majuelos que rendían cada otoño las uvas con que se regalaban los gualiseños y con las que fabricaban su propio vino¹. Pero para quien no conozca aquel rincón del Sistema Central, vaya por delante una somera descripción de esta localidad.

Guadalix de la Sierra es un municipio madrileño situado al norte de la capital, que derrama su alargado caserío en las primeras estribaciones del Sistema Central, a mano izquierda de la A-1, conforme ascendemos a Somosierra. Su cabeza y centro administrativo es Colmenar Viejo y rodean su término, a más del de Colmenar, los de Soto del Real (Chozas de la Sierra hasta 1959), Miraflores de la Sierra, Bustarviejo, Navalafuente, Cabanillas de la Sierra, Venturada, El Vellón y Pedrezuela, todos ellos convertidos hoy en amasijos urbanos que aprietan y ahogan las almendras centrales que fueron el germen de estos pueblos.

A cincuenta kilómetros de la capital, Guadalix tuvo hasta hace unos cuarenta años —como la tuvieron incluso pueblos que hoy son distritos del área urbana madrileña— una vida plenamente rural, una producción agropecuaria y unos usos que, afianzados en la economía de subsistencia, fueron la digna respuesta del ingenio al reto que planteaban diariamente escasez y naturaleza.

De los 61 kilómetros cuadrados que componen su término municipal, un alto porcentaje estuvo hasta mediar el siglo xx sembrado de vides, que incluso extendieron sus pámpanos y sarmientos por algunos parajes hoy cubiertos por el agua de un embalse cuya utilidad y rendimiento nunca quedaron suficientemente claros para estos serranos²; parajes de nombre harto sugestivo que acabarán de morir cuando desaparezcan quienes aún los pisaron y labraron: La Portá de Simonías (junto al camino que iba a El Molar y El Vellón), Las Juelgas o Juergas³, La Ras, El Soto, La Alameda, El Sotillo, El Sotosecano, El Cañuelo, Los Terreros, Las Hazas de las Judías, La Calleja Larga, El Camino la Andonga, Gargüera...

1 Cuando esto escribo, en el otoño de 2013, tan solo un vecino del lugar, Juan Pablo Martín González, fabrica su propio vino para el gasto familiar, si bien los antiguos viñedos que tuvo la familia en la Encina Alta y Peñagorda se perdieron hace tiempo, y el que ahora cultiva se plantó de nuevo en Matasallana. De los antiguos tipos de vides trasplantó Domingo Pulmariño Pulmariño desde Peñagorda a la Presilla un nuevo sarmiento, donde crece ahora cultivado por sus hijos como testimonio de aquella antigua cepa.

2 Aunque el pantano anegó fundamentalmente tierras gualiseñas —las mejores de su término, pues conformaban la vega del río Guadalix— se llamó primero de El Vellón y ahora de Pedrezuela. Acabó de construirse en 1967, pero hasta el año 2009 no se instaló en él una pequeña central eléctrica que acaso ahora dé sentido a su traza.

3 De las dos formas pronunciaban los gualiseños la palabra Huelgas, pues aquel término se llamó así por ser un lugar antiguo de holgorio o «placer de ver», como lo califican algunos viejos documentos.

Conviene, antes de afrontar la historia reciente, repasar los datos de antaño para dar fe de cómo ya desde el siglo XVIII podemos constatar la producción vinícola en Guadalix. Sabemos que en 1752 respondieron al escribano, los encargados de hacerlo, que en Guadalix se sembraba: «hortaliza, trigo, zenteno, lino, herrén⁴, uba (sic.), garbanzos, heno, pasto, leña y bellota»⁵; y que al detallar la producción referente a la uva dijeron que: «la que se halla plantada de vides, tanto a marco real como sin orden: la de primera calidad, quatro cargas y media de uba, y cada carga produce quatro arrobas de vino; la de mediana, tres cargas de uba, y la correspondiente de vino; y la de ynfierior calidad, carga y media de uba, que, a dicho respecto, haze seis arrobas de vino. Y se advierte que las puestas a marco, aunque en cada fanega ay menos zepas, producen lo mismo que las otras, porque cargan más de uba y está medrada y de mejor calidad». La expresión *marco real*, como se infiere del último párrafo, expresa la disposición en cuadrícula que tenían las cepas en determinados terrenos, frente a la colocación arbitraria que tuvieron en otros. Esta dualidad e incluso el término pervivieron hasta que cesó el cultivo, y así me lo transmitió uno de mis buenos y mejores informantes:

Las viñas estaban puestas de dos maneras; en algunos sitios estaban a granel, como decían, o sea, una aquí, otra allá, y muy espesas, y allí era imposible meter la yunta⁶, había que labrarlas a mano. Pero en otros sitios estaban a marco, haciendo calles, linios que llamaban, y allí sí

4 Herrén, según el Diccionario de la Real Academia es: «Forraje de avena, cebada, trigo, centeno y otras plantas que se da al ganado». En Guadalix, como en tantos lugares donde se sembró el centeno, especialmente en el pago denominado Los Cerros, se segaba dos veces este cereal, una vez cuando está verde para alimentar al ganado, y una segunda cuando ya se siega estando seco y a punto. En la comarca zamorana de Aliste recogí el término *herraña* con la misma acepción.

5 Como para las *Relaciones Topográficas de los pueblos de España, hechas de orden de Felipe II* (1578) no se obtuvo respuesta correspondiente a Guadalix, el primer catastro en regla del que disponemos para este pueblo madrileño es este que ordenó recopilar el Marqués de la Ensenada bajo el reinado de Fernando VI en 1752. Las respuestas correspondientes han sido publicadas por Carmen García Márquez, *Guadalix de la Sierra, 1752: según las respuestas generales del Catastro de Ensenada*. Madrid: Centro de gestión catastral y cooperación tributaria, Ayuntamiento de Guadalix de la Sierra, Tabapress, Grupo Tabacalera, 1992. Pregunta 11, págs. 49 y ss.

6 Emociona comprobar cómo, pasados ya muchos años desde que los animales dejaron de arar y labrar junto al hombre, permanecen indelebles en la memoria los certeros y amorosos nombres que recibían bueyes y vacas de labor, nombres que generalmente aludían al color de su pelo, a las manchas de su piel, a su procedencia y a las cualidades que los adornaban. Al preguntar por las yuntas, aparece la nostalgia en la mirada y un dejo de cariño en la voz de quienes recuerdan: *La pareja de Tanislao* [Estanislao Gamo Gil, 1877-1959] *era de vacas y se llamaban Clavellina y Garbosa... la del vecino Quintín* [Pulmariño González, 1876-1968] *era también de vacas, y las iba arreando ¡Caretá, Clavellina!* [Valeriana Gil Rubio]. *La de mi padre* [Eugenio Hernán Vivillo] *era de bueyes, unos bueyes que fueron a Madrid para llevar a San Isidro, y se llamaban Brillante, que era rojo, y Alegre, que era negro, porque así decían que era la yunta de San Isidro, y por eso la buscaron* [M.^a Luisa Hernán]. *Mi padre* [Rodrigo Herranz Márquez, 1902-1976] *tenía yunta cuando yo era pequeña, yunta de vacas, parece que la estoy viendo, ¡y cómo le obedecían! Se llamaban Morita y Bragá* [Consuelo Herranz]. *Mi padre* [Tiburcio Candelas Matesanz] *tenía una vaca de trabajo que se llamaba Cuadrada, y mi tío tenía otra que era la Morita, y como se llevaban bien pues las uncían juntas y llevaba la yunta el que la necesitaba* [Roberto Candelas]. *Yo a mi madre siempre la oí decir que mi abuelo Constantino* [Herranz Márquez, 1900-1939] *tenía una yunta, y mi madre, aunque era bien pequeña cuando se quedó sin padre, se acordaba bien de los nombres y siempre las mentaba: la Rubia y la Tendera* [Margarita Rubio]. *En mi casa hubo primero yunta de bueyes, Sevillano y Navarro que yo me acuerde, que yo nací en el 38, y la última fue de vacas, que se llamaban Clavellina y Retinta* [Enrique García]. Bueyes y vacas se uncían en Guadalix con el ubio [yugo], reservando el ubio de costillas para las caballerías. El ubio tenía unas muescas llamadas *camellas* para ajustarlo a la cabeza de los animales, que a veces se protegían con los *frontiles* de saco o trapo. Después se aseguraba con una correa por animal de unos 3 metros de largo llamadas *uncideras* o *coyundas*; por eso dicen unas seguidillas seriadas que se entonaban en Carnaval: Si supiera que arabas / en arenales / te daría mis cabellos / para ramales. // Si supiera que arabas / en tierra rubia / te daría mis cabellos / para coyundas [Benita Gamo]. El gañán empuñaba siempre una vara larga llamada *ahijada* o *llamadera*, pues con ella golpeaba la madera del ubio para indicar a su pareja los giros y movimientos.

entraba la yunta, porque cada ceпа estaba como a dos metros y medio una de otra, y los ubios [yugos] tenían la distancia ya medida adrede pa que los bueyes no pisaran lo sembrao. Había fincas que estaban ya muy divididas, porque antiguamente to el mundo quería tener aunque fuera un linio o dos, pa tener uvas, y en las herencias se partían, y ahí venía el problema.

[Valentín García]⁷



Los viejos arados romanos que abrieron la tierra gualiseña durante siglos perecieron por ser de palo en la lumbre y en las brasas. En Guadalix solo este, guardado hoy con mimo por los hermanos Pulmariño Perdiguero, muestra a los jóvenes de hoy día la rudeza de la herramienta con que trabajaron sus mayores. Foto: Yolanda Hernán



Cuando en 1952 Berlanga rodaba en Guadalix *Bienvenido, Mister Marshall* —parodia del franquismo que milagrosamente escapó a la censura— muchos vecinos del lugar aportaron con su presencia y buen hacer la naturalidad que aún transmite aquella cinta. Entre ellos, Victorio del Valle Hernando (1902-1999) labró con su yunta un pedazo de Los Cerros —pago de antiguos viñedos— para que la escena se viera desde la altura; su pareja la formaban Limonero, buey rojo o retinto, y Volante, que era de pelo pinto. Gentileza de Victoria del Valle Esteban

Más adelante, y al hablar del aprovechamiento que para el ganado tuvo el viñedo gualiseño, traeré de nuevo a colación el Catastro de Ensenada, que tanta información arroja sobre la vida rural en el siglo XVIII. Pero antes de cerrarse aquel siglo de las luces, don Tomás López nos dejó otra reseña histórica sobre la producción agraria en Guadalix, y en ella, claro está, aparece el fruto que ahora estudiamos: «*Guadalix*, Villa quinta del Real de Manzanares, está á ocho leguas de Madrid, sobre la orilla Meridional de un arroyo [sic], que entra en el Rio Jarama, no lejos de la Sierra de S. Pedro. Está en un llano, con 160. vecinos, y una Parroquia: coge bastante pan, **vino**, frutas, ganados, caza, y (mucho leña.) Poblóse como la de Galapagar, segun Colmenares en su Historia de Segovia»⁸.

Ausente la producción vitícola en las descripciones que de Guadalix dan los diccionarios de Miñano y Madoz en el siglo XIX, es ya a fines de esa centuria cuando don Andrés Marín Pérez compiló un curiosísimo recorrido por la provincia de Madrid donde volvemos a encontrar referencias al cultivo de la vid en este pueblo serrano: «Extiéndese el cultivo de cereales 4.419-54-37; el de la vid 226-53-25;

7 Valentín García González, que tenía 84 años en el verano de 1998, fue para mí un auténtico maestro a la hora de informarme sobre los cultivos, la ganadería, los tipos de casas y construcciones, el ajuar doméstico, las costumbres comunales. Con infinita paciencia y harta serenidad, conversó conmigo muchas tardes de aquel verano en casa de su hijo, en la urbanización que hoy ocupa la antigua Lobera que tantas viñas tuvo sembradas. Fue hijo de Ruperto García García (1874-1947) y de Petra González García (1878-1943) quienes tuvieron su casa familiar en la calle del Caño núm. 21, allí estuvo la antigua bodega que más adelante describe minuciosamente.

8 Tomás López, *Descripción de la provincia de Madrid*. Madrid: Asociación de Libreros de Lance de Madrid, 1988; ed. facsímil de la editada en Madrid en 1763; pág. 167.



Aún en la feraz tierra de La Presilla da fruto la vid que trasplantó Domingo Pulmariño en la tierra que hoy labran sus hijos, Felipe y Miguel Ángel. Foto: Yolanda Hernán

el de verduras y legumbres de regadío 193-67-88; los prados 340-20-60; los montes 580-18-30; y los baldíos, caminos, ríos, etc., 292-55-08»⁹.

Fueron muchos los pagos gualiseños que conocieron este cultivo: uno todavía se llama Las Viñas Viejas, cerca del río a la vera de Robleo; otros fueron Peñagorda, Matasallana, El Frontal, Los Cerros, Los Redondos, La Lobera, La Loberilla, las márgenes del arroyo Salices, Prao Cardoso, Majalgar, Hoyovieco (de donde se traía la arena de fregar), la Cinalta o Encina Alta, y muy antiguamente debió de haberlas en parajes como El Valle, donde ciertas parras asilvestradas testimonian su existencia. En cuanto a las variedades cultivadas, las más antiguas referencias aluden a la uva *jaén*, a las *malvares*, de racimo suelto y por ello más aptas para la cuelga; y a las *albillas*¹⁰ o *albiñas* «que eran las más tem-

pranas, doraditas y dulces», siendo escasísimos los testimonios que mencionan la uva moscatel, si bien hay dos referencias que aseguran su cultivo: el apodo de *Moscatel* que recibió Víctor García Revilla (1855-1942) y que aún llevan sus descendientes, y la cuarteta que al son navideño de la *nochebuena* o al de la jota se entonaba en el pueblo:

Gracias a Dios que he llegado / donde están las Isabeles,
donde están los emparrados / de las uvas moscateles.

[Margarita y Carmen Márquez]¹¹

Según opinión generalizada en el pueblo, las uvas negras llegaron más tarde, y de entre ellas se criaron sobre todo la *garnacha* y *lo americano*.

9 Andrés Marín Pérez, *Guía de Madrid y su provincia*. Madrid: Escuela Tipográfica del Hospicio, 1888. Pág. 277.

10 En el lenguaje coloquial de los *cebolleros*, apodo que en los contornos tienen los hijos de Guadalix, ha quedado referencia a esta raza de uvas, pues cuando uno emite un rotundo y sonoro «¡joder!» otro suele contestar: «Y albillo ¡qué ricas uvas!».

11 Cantada por Margarita y Carmen Márquez Rubio, de 82 y 80 años de edad respectivamente, quienes la aprendieron de su hermana Felisa (1923-1982). Recogida el día 2 de septiembre de 2013 por J. M. Fraile Gil y C. Peñas Gamo.

Las cepas se labraron como ya apuntamos, con la yunta de bueyes en las tierras donde estaban sembradas a marco y a base de azadón donde crecían a granel. A veces se les abría un hueco en derredor para airearlas y para que recibieran mejor la lluvia, procediendo luego a cubrirlas con tierra o *aporcarlas* (del lat. *porca*: lomo), llegando incluso a cubrirlas casi completamente para protegerlas del hielo:

En algunos sitios —nosotros lo hacíamos en Los Cerros— cuando llegaba el invierno se las tapaba pa que no sufrieran con los hielos. Porque las viñas cuando las podas, lloran, y se quedan delicadas; así es que las tapábamos y no veías más que un montón de tierra donde había una cepa.

[Valentín García]

Los sarmientos procedentes de la poda —operación que se hacía con una herramienta llamada *podadera*, expresamente utilizada para ese menester— se engavillaban recogiendo los extremos en *una moña que luego se doblaba*, a fin de reducir su largo tamaño. Esta leña menuda era muy buscada por los panaderos, dado su alto poder calorífico:

Aquí van mucho los panaderos a buscar sarmientos. ¡Anda que no ha ido Juan Lara a por sarmientos a Valdemadero, que es lo que linda ya con el término de Bustarviejo! Y allí había muchas viñas, y de allí bajaban las gavillas de sarmientos en las caballerías.

[Alejandro Rubio]¹²

Con la llegada del deshielo primaveral, las cepas se descubrían esperando su retoño; y a medida que de los nuevos sarmientos brotaban los tiernos pámpanos estos servían a los chicos como golosina a pesar de su acidez. Al apuntar ya nellos los futuros racimos, llegaban a Guadalix los azufradores que, procedentes de La Mancha, venían a *curar* el fruto en ciernes:

Aquellos hombres traían un aparato que llamaban el azufrador y era muy muy parecido a las fregonas que hay ahora para limpiar el piso. Tenían cordoncitos, cordoncitos colgando, y



Pocas son ya las herramientas relacionadas con la vid que subsisten en las cámaras y casillas de este pueblo. Cuando hace años Felicitas Márquez Gamo puso esta en mis manos, me la entregó diciendo: *Mi padre [Cecilio Márquez Esteban, 1881-1952] la llamaba podadera, y la tenía pa las viñas, pa podarlas. Guárdala tú.* Foto: M. León

12 Informes dictados por Alejandro Rubio García, de 90 años de edad. Recogidos el día 23 de agosto de 2013 por José Manuel Fraile Gil y Francisco García Martín. Juan Lara Martín falleció en 1953 y, casado con Narcisca Carretero, trabajaron ambos en el negocio familiar de panadería —conocido como *los panaderos de abajo*— que había fundado su hermano Martín Lara Martín (1870-1929). Esas dos panaderías —y muy ocasionalmente otra que tuvo Mesio— abastecieron del alimento base al pueblo desde comienzos del pasado siglo, si bien pervivían hornos de barro para ese menester en muchas casas del pueblo que cocían ya muy de tarde en tarde.

aquellos cordoncitos los metían en el azufre y luego sacudían el azufrador encima de la vid y así las curaban. Y aquella gente cobraban por cepa [Valentín García]. Por dos veces recibía la viña aquel polvo amarillo: Las azufraban dos veces, una cuando estaban las uvas muy chiquititas, y otra cuando ya estaban gorditas, pero todavía no en agraz. Pero si llovía poco, cuando ibas a vendimiar todavía tenían las uvas un poco del polvo amarillo.

[Alejandro Rubio]

En Guadalix, como en toda tierra de labor, se medían el tiempo y las estaciones por el refranero, y así era corriente escuchar recitada esta seguidilla:

*Pa Santiago y Santa Ana / pintan las uvas,
pa la Virgen de agosto / ya están maduras.*

Y maduras ya las uvas, venían a constituir golosina fácil para hombres y pájaros. Coger un racimo de pasada, *del tío coge y vete*, era tentación que pocos resistían. Y así, un cantar de jota o *nochebuena* dice:



Dos de los antiguos cestos (45 cm de diámetro en la boca) con que se recogieron las uvas de Peñagorda, y el viejo mecedor con que removían la casca de sus tinajas la familia Pulmariño Perdiguero. Foto: Yolanda Hernán

*Yo tenía una viñita, / la podaba y la labraba,
la daba una laborcita / y otro me la vendimiaba*¹³.

Y en los pájaros del aire tuvieron los majuelos otro enemigo voraz:

*En cuanto estaban las uvas ya pa cogerlas,
los pájaros no dejaban una. Y algunas veces mi
abuelo, que ya no trabajaba ni hacía nada, ve-
nía a casa y decía: Estáis aquí tan tranquilos y
los pájaros en Peñagorda no os van a dejar uva
sana. Entonces el hombre se iba allí y andaba
dando vueltas y cantando bien fuerte pa que
le sintieran y se fueran. Y me acuerdo yo de un
cantar que era muy de él:*

*Yo me fui de rico a pobre
por ver lo que el mundo daba
y ahora que ya soy pobre
nadie me mira a la cara.*

[Miguel Ángel Pulmariño]¹⁴

Y aunque a mediados de agosto ya pudiera comerse algún que otro racimo, se dejaba la vendimia *pa después de la Función* que celebran los gualiseños el día 8 de septiembre en honor a su patrona la Virgen del Espinar. Fundamental para esa faena eran los cestos que de gran tamaño y con dos asas servirían para traer el fruto en los carros desde los majuelos hasta la bodega familiar:

13 Se la oí cantar muchas veces al son de los almireces a Mariano Rubio García (1919-1999).

14 Informes dictados por Miguel Ángel Pulmariño Perdiguero, de 52 años de edad. Recogidos en octubre de 2013 por José Manuel Fraile Gil. Su abuelo paterno fue Felipe Pulmariño García (1896-1974). Miguel Ángel y su hermano Felipe han conservado en su aún joven memoria infinidad de detalles sobre la vida tradicional gualiseña, y además han preservado del abandono un sinfín de útiles y herramientas que conservan con celo y que siempre han puesto a mi disposición.

Para la vendimia se usaban unos cestos altos, con dos asas, y más broncos que los que se usaban para llevar la ropa a lavar o para otras cosas. Yo me acuerdo del último que los hizo aquí que era el Mudo, que vivía ahí enfrente de la iglesia, por donde las Tres Rosas, y los hacía de salguera.

[Luis López]¹⁵

Concluida ya la vendimia, las hojas y pámpanos de las vides eran succulento manjar para las cabras y ovejas que por entonces formaban la abundante cabaña gualiseña. Su explotación estuvo desde antiguo fuertemente reglamentada, y ya en el conocido para nosotros Catastro de Ensenada se refleja su distribución:

«Ochenta fanegas de tierra que se hallan puestas de viñas a marco real; y, quitado el fruto, su pasto es común de la Villa de Madrid y Real de Manzanares: las sesenta de ellas, de buena calidad; quinze, de mediana; y las zinco restantes, de ynferior; doscientas y treinta y ocho fanegas, también de viñas, puestas sin orden en su extensión; que, alzado el fruto, su pasto es común para los ganados del bezindario de esta Villa (solamente): las nobenta y seis de ellas, de buena calidad; ochenta y cinco, de mediana; y las zinquenta y siete restantes, de ynferior»¹⁶.

Este aprovechamiento ganadero de las vides se llamó *hojadero*, y cuando su subasta pública en el ayuntamiento se repartía pan y bacalao en un ritual que recogí ya muy desdibujado; hasta muy última hora siguió realizándose este uso:

Los últimos que tuvimos majuelos en Peñagorda arrendábamos el hojadero a los pastores, y con lo que nos daban pagábamos un guarda para que estuviera al cuidado cuando ya había uvas. Pero al final ya no era rentable y aquello se perdió.

[Luis López]

Pero volvamos a las uvas que, transportadas en cestos como ya vimos, llegaban en carros¹⁷ a las pequeñas bodegas que muchas casas del pueblo tuvieron:

15 Informes dictados por Luis López Anguas, de 73 años de edad. Recogidos el día 11 de octubre de 2013 por José Manuel Fraile Gil. El Mudo fue Julián García Sánchez, hombre de triste vida, pues aunque no se hubieran acabado las uvas en Guadalix, pocas cestas habría podido hacer en sus últimos años, ya que perdió un brazo trabajando en las canteras. La salguera de Guadalix es la *Salix atrocinerea*.

16 Carmen García Márquez, *Guadalix de la Sierra, 1752: según las respuestas generales del Catastro de Ensenada*. Madrid: Centro de gestión catastral y cooperación tributaria, Ayuntamiento de Guadalix de la Sierra, Tabapress, Grupo Tabacalera, 1992. Pregunta 10.ª, págs. 45-46.

17 No puedo pasar por alto la mención al carro, máquina indispensable en la vida agrícola antigua de los pueblos. Aunque en Guadalix recogí aún menciones interesantísimas a los viejos carros castellanos: *Aquí siendo yo un chaval todavía vi carros bajitos que tenían las ruedas macizas, sin radios. Y aquellos los usaban para mover las piedras, porque no había que alzarlas mucho* [Valentín García]; e incluso a un medio de transporte mucho más primitivo y anterior emparentado con las basnas cántabras y las narrías navarras: *Luego había otra cosa que la llamaban una narra, aquello era un tronco en forma de uve que no tenía ruedas ni nada, iba a ras de suelo, y tenía una argolla para engancharla a la pareja, y allí se iban echando las piedras grandes y se las movía nada más que arrastrándolas* [Valentín García]. He de describir someramente el último carro de dos ruedas con radios que se utilizó en Guadalix de la Sierra. La base del carro se llamaba *escalera* y la componían: un madero muy largo —el *pértigo* o *pértiga*— que iba hasta el ubio de los animales y se enganchara a este con una correa ancha de cuero —llamada *sobeo*— y por medio de los *dentejones*, que en número de tres estaban al final de la *pértiga*; flanqueando la *pértiga* iban dos maderos más cortos llamados *aimones*, y cruzando la *pértiga* de *aimón* a *aimón*, otros seis maderos denominados *costillas*; esa estructura básica conformaba la *escalera* del carro. Debajo de la *escalera*, y perpendicular a la *pértiga*, iba el eje dispuesto horizontalmente, cogido con dos *abrazaderas* a los *aimones*, penetrando en las ruedas por

En mi casa había una bodega, que era como una casilla [cuadra] pero enlosada, tenía unas losas como de un metro por sesenta centímetros, y se tenía muy curiosa, tú verás. El suelo estaba inclinado para que el mosto cayera en un pilón de piedra que tenía forma de tazón. En aquellas losas se vaciaban los cestos y allí pisábamos, descalzos claro, dos o tres, o en cada casa a arreglo de lo que hubiera, y el mosto caía en aquel pilón. Y de allí se iban sacando cubos y echándolos a la tinaja. Cuando ya se había pisao toda la uva había un aparato que se llamaba la zaranda, y era como una mesa rectangular con sus patas, pero en vez de tablero tenía cuerdas cruzás p'acá y p'allá, y ahí se sacudía bien lo que quedaba en el suelo, y quedaban los escobajos limpios limpios limpios.

[Valentín García]

Uno de esos escobajos tenía ya en la mano el ciego a quien sirvió el Lazarillo cuando pensativo meditaba sobre la forma en que comieron las uvas de aquel racimo tratando ambos de engañarse:

«Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano y meneando la cabeza dijo:

—Lázaro, engañado me has: juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres.

—No comí —dije yo— mas ¿por qué sospecháis eso?

Respondió el sagacísimo ciego:

—¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? En que comía yo dos a dos y callabas»¹⁸.

Aquel montón de hollejos, pepitas y restos que quedaron bajo la zaranda se llamaron casca, y eran objeto de atención y cuidado, pues se creía que en ellos estaba el germen o madre del vino, indispensable para que fermentara el mosto. Y conviene aquí traer a colación el dulce más estimado en tiempo de vendimia, por estar confeccionado básicamente con el jugo de la uva en estado natural. Me refiero al arrope (del ár. hisp. *arrúbb*, y este del ár. clás. *rubb*) que hace aún agua en la boca de quienes, habiéndolo probado, pronuncian su nombre:

El arrope se hacía con el mosto, con el mosto del vino que hacía aquí la gente. Se llenaba un caldero de cobre, o lo que quisieras, arreglo de los que fueran en la casa y de lo que se quisiera hacer, pero se hacía bastante porque aquello duraba, se conservaba bien. Pues el mosto había que cocerlo y cocerlo y cocerlo, estaba cociendo mucho pa que fuera perdiendo el agua y que se quedara ¿qué te voy a decir yo? no como la miel, pero como el almíbar ese que traen los botes. Y la noche de antes se partía la calabaza, una calabaza que llamaban forrajera, que estaba la piel dura y es así anaranjá por dentro, se pelaba y se limpiaba bien y se partía en trozos, trozos ¿qué te voy a decir yo? como las tajadas del melón cuando se come, y se echaban en agua de cal, y allí estaban toa la noche, en el agua de la cal que quedaba después de echar un terrón de cal de la que se usaba pa jalbegar. Bueno, pues a la mañana siguiente se echaba la calabaza

medio de las cañoneras, que tenían forma de tubo sobresaliendo un tanto y rematándose con un *murrión*. Estas cañoneras entraban en el *cubo* (hecho de álamo negro u olmo encinchado en hierro) del que también salían los dieciséis *radios* que tenía cada rueda y que terminaban de dos en dos en las *pinas* o piezas de madera, hechas de encina como los radios en que se segmentaba la circunferencia exterior de la rueda, que a su vez iba dentro de un aro de hierro. Alrededor del carro se colocaban unas abrazaderas de metal donde se ajustaban las altas estacas indispensables para cualquier tarea; tan solo en el extremo delantero del carro no había esos abrazos férreos, sino solamente dos hendiduras para ajustar las estacas, a fin de no lastimar a los animales. Complemento también indispensable para ciertas funciones del carro eran los *tableros*. Los últimos carreteros que trabajaron en Guadalix fueron Julio y Valeriano Aparicio Posteguillo (1902-1981), hermanos que tuvieron su casa-taller en el lugar que aún se conoce en el pueblo como Plazuela de los Carreteros.

18 Anónimo, *El Lazarillo de Tormes* (1554). Tratado primero.

en el mosto que ya tenías cocido como quisieras. Y aquello era buenísimo, de lo más rico.

[Benita Gamo]¹⁹

Pero antes de llegar al vino y a su proceso conviene dedicar un párrafo siquiera a las tinajas donde se forjaba y contenía. Estaban estas en las bodegas arrimadas a la pared y, cuando no eran de gran tamaño —tal era el caso de los pequeños propietarios que fabricaban solo el vino para su año— se colocaba un madero horizontal a mediana altura para evitar una posible caída. Aunque hubo también enormes recipientes que probablemente se situaron en las bodegas al tiempo de construirlas:

Había tinajas muy grandes. Nosotros las tuvimos, pero se acabaron rompiendo. Y el que también las tenía era el señor Esteban el Cojo. Y a aquellas tinajas había que subir por una escalera, y si te metías dentro para limpiarlas igual, con una escalera, si no no salías.

[Luis López]²⁰

No he podido constatar la procedencia de estas vasijas. De muy sencilla factura, solo se observan en su panza y a trechos de una cuarta aproximada incisiones producidas por una soga torcida²¹. Cuando alguna de aquellas tinajas se rajaba o rompía y ya no podía contener líquido alguno, se adaptaron para otro uso que hoy no deja de sorprendernos:



En el solar que hoy ocupa el bar La Parrilla (trav. de Alejandro Rubio), se alzó la casa de Paca Candelas Gil (1886-1974). Nella, había a mano derecha del corral una casilla y una bodega, donde esta tinaja estuvo flanqueada por dos compañeras durante años conteniendo el vino de sus majuelos (80 cm de altura y 29 de diámetro en la boca). Foto: M. León

19 Benita Gamo García (1921-2008). Hija de dos excelentes conocedores de la cultura local gualiseña, Fructuoso Gamo Serrano (1867-1939) y Basileisa García Ballesteros (1874-1958), Benita y sus hermanas Emilia (1901-1992) y María cantaron y recitaron para mí con extraordinario gusto un sinfín de romances, canciones, oraciones, retahílas e informes de todo tipo —como este que has leído, lector amable— que llenan hoy mis cintas y papeles. Gracias a las tres por el regalo de su valiosa herencia.

20 Se refiere a Esteban Hernán Arias (1891-1972), quien subastó durante años los palos y la mayordomía de la Virgen del Espinar en su fiesta patronal hasta que fue sustituido por Lucas Serrano Serrano (1917-2010).

21 En el monte de La Mesa, situado a la salida del pueblo conforme subimos a Miraflores de la Sierra, y a media altura, se han recogido numerosísimos fragmentos desperdigados por el suelo de estas tinajas, restos que nadie ha sabido documentar ni datar.

Yo me acuerdo que en mi casa se hacían veinticinco panes, y lo cocían los panaderos de arriba; y íbamos con las canastas y por la calleja venga a traer cestas de pan. Y qué pan sería entonces que si llevábamos una fanega o dos de trigo nos daban veinticinco panes. Y mi madre lo metía en una tinaja, pues en esa tinaja mi madre iba metiendo to los panes, y tapaba mi madre la boca de la tinaja, y el último pan, que cocíamos cada ocho o diez días, estaba como el primer día. Y hoy compras un pan y mañana no se pue comer²².

Al derribarse las casas viejas y sus bodegas, las tinajas más medianas pasaron a ser objeto «típico» en mesones y bares —a los que incluso dieron nombre— y tiestos de enorme tamaño en los nuevos chalets que rodearon al pueblo. Pero mientras sirvieron para su uso, las tinajas se limpiaban y desinfectaban cada año antes de recibir en su vientre el joven mosto:

Mi padre, antes de echar el mosto, echaba en una lata de melocotón azufre y lo prendía, y con una cuerda la bajaba al fondo de la tinaja y la tapaba, y el azufre se iba quemando allí y así se desinfectaban.

[Miguel Ángel Pulmariño]

Bien limpio ya el continente, se vertía en él el contenido a base del mosto que se traía como vimos en cubos desde el pilón; y llena ya la tinaja, se echaba en su interior toda la casca recogida. Comenzaba entonces la temida fermentación:

Aquello hacía hasta ruido, si te arrimabas allí te cortaba la respiración y era mejor no entrar. Antiguamente decían que entraban con un candil, y en lo que se apagaba el candil al entrar no pasaban, y dicen que aquello era el espíritu del vino. Aquello se come todo, y había casas que echaban hasta una oveja... para darle fuerza al vino.

[Valentín García]

Pero aun así había que entrar periódicamente a la bodega para *mecer* el mosto. Para esta operación se utilizaba un *mecedor* hecho con una rama de árbol que tuviera en el extremo dos o tres horquillas, a fin de remover con ellas de arriba a abajo el interior de las tinajas. Esta operación se hacía según el gusto del propietario, pues pensaban que cuanto menos se *meciera* el vino era más dulce el resultado. Acabado el período de fermentación, que duraba un mes aproximadamente, se colocaba en el orificio que tenía la tinaja una canilla para extraer por ella el vino nuevo, vino que debía durar prácticamente hasta la llegada de una nueva cosecha, reservando algún que otro azumbre (medida de dos litros) para la obtención del vinagre casero. Además, y en una economía tan de subsistencia como era la de casi todos, aquella casca transformada ya en madre recibía un enjuague de agua limpia que producía un vino aguado al que llamaban *terciao*:



22 Informes dictados por Alejandra Martín González, de 79 años de edad. Recogidos el día 1 de marzo de 1996 por J. M. Fraile Gil y M. León Fernández. Su madre fue Alejandra González Revilla (1881-1965). Otra tinaja de pequeñas dimensiones y de boca estrecha, sustentada en un pie de madera, hubo también en muchas cocinas para contener el agua, pues en ellas se vaciaban los cántaros al venir de la fuente.

Mi padre [Julián González García] tenía taberna, y a veces, cuando ya se acababa el vino y antes de limpiar las tinajas, venía la gente con una jarra y les daba un poco de terciado, y aquello se lo daba, y no creas, que estaba bueno todavía²³.

Pero no todas las uvas gualiseñas acabaron exprimidas en la panza de las tinajas. Con las más sanas y blancas se hicieron cuelgas:

Hacían también cuelgas, porque las uvas no mojándose duran mucho, pero si se mojan se pudren todas. Este mes de setiembre, si no llovía que es cuando las uvas ya están bien, pues duraban; pero como llueve algo... se estrozan todas y no duran nada.

[Margarita y Carmen García]

En la viga de la cámara o esparcidas sobre el trigo de los atrojes aguardaron a la Nochebuena para ser rico aguinaldo, y así dice un estribillo muy sabido en el pueblo:

*Torrenos y buevos, / todo lo tomamos,
y una cuelga de uvas / no la despreciamos.*

Además, las uvas comenzaban a escasear desde El Molar hacia el Puerto, y de Guadalix salieron algunas al corazón de la Sierra en un tiempo en el que aún no había invernaderos ni vuelos transoceánicos para llevar fruta variada en todo tiempo y a cualquier lugar:

Para ir a Garganta desde Guadalix se iba no por la carretera como ahora, sino por los caminos, y llevaba mi madre, que era de allí, un borriquillo, porque a mi madre la gustaba llevar a su familia cosas del pueblo, y algunas veces subíamos un poquito en el borrico. Por allí todo son veredas, veredas estrechas, porque hay que pasar dos sierras muy grandes hasta llegar allí, primero se pasa la de Valdemanco y Bustarviejo, y luego otra muy alta que ya da a las minas que había en Garganta. Y el borrico se metió por la veredita, una veredita que hay entre piedras grandísimas, una piedra por cada lao; y era más estrecho el sitio que lo que abultaba el borrico con las aguaderas que llevaba a cada lao. Pasa el borrico y los aparejos no pueden pasar; el borrico tiró y pasó, y los aparejos se fueron p'atrás y rodaron por todas aquellas cuestas, y todo lo que llevaba mi madre fue a parar allí abajo al río Lozoya. Y por allí rodaban las uvas, que las llevaba mi madre en una cesta pa que no se estropearan, porque allí en Garganta no había uvas y las apreciaban mucho. ¡Pasábamos unas averías...!

[María Nuño]²⁴

23 Petra González Martín (1909-2003) fue una de las informantes a quien hube de recurrir con frecuencia para hallar en su buena memoria respuesta a mis dudas e interrogantes. Reconoció siempre en las fotografías que guardaba el nombre y apellidos de los retratados y me aportó preciosos detalles sobre la vida en Guadalix y también en Alameda del Valle, pueblecito serrano donde nació su madre. La taberna que regentó su familia estuvo en la plaza del Ejido hacia el número 6.

24 María Nuño Carretero (1896-1992) heredó el apodo de su madre, Juliana Carretero Sanz (1860-1940), nacida en Garganta de los Montes (Madrid), que peinaba moño en la nuca y un cabello tan rizado que formaba «piquitos». Mi tía María fue mujer extraordinariamente observadora, y trasladada a Madrid en 1912 supo aprisionar en sus claros ojos, para guardarlos en su fértil memoria, un sinfín de detalles casi microscópicos sobre todo cuanto vivió. A ella debo muchas y útiles informaciones sobre el escultor Mariano Rubio Jiménez (Guadalix, 1897-Madrid, 1967), quien fue su conuñado, así como particularidades de la vida aristocrática en el Madrid de Alfonso XIII, o de aquel remoto Guadalix que vivió siendo niña.

Además, en la dieta de los gualiseños las uvas tuvieron excepcional importancia, pues eran el complemento más dulce del obligado cocido. Era proverbial la imagen de los comensales llevando y trayendo la cuchara de la fuente comunal con la diestra sosteniendo en la izquierda una oreja de uvas —que así llaman a cada uno de los ramilletes que componen un racimo— mordiendo a cada viaje de la cuchara una uva con los dientes. A este tenor he recogido infinidad de testimonios:

Me acuerdo que decían que cuando veníamos de trillar, que mientras se preparaba la sopa y eso iban a por las uvas a La Lobera, a comerlas con la sopa, que antes se comían las uvas con la sopa, con la sopa del cocido. Aquí las había negras, que las llamaban garnachas, y blancas que las decían albiñas.

[Margarita y Carmen García]

Cuando yo era pequeña había todavía uvas en Los Redondos, y allí teníamos nosotros las uvas, la viña esa que tenemos, que la llamamos viña aunque ya no haya uvas. Y cuando íbamos a comer, mi padre cortaba las sopas muy finitas, y mientras las sopas se calababan, porque las sopas no cuecen, se echaban en la fuente y encima el caldo, pues mientras se calababan iba una de mis hermanas a por las uvas a Los Redondos, y en lo que iba y venía ya estaban las sopas caladas para comerlas con las uvas.

[Valeriana Gil]²⁵

Pero sin duda el relato que más me enterneció de los muchos que recogí al respecto tuvo como protagonista a un niño que de vivir hoy sería ya un anciano:

Cuando estábamos en la escuela algunas veces castigaban a los que eran malos, y una vez Santos, que era bien bueno pero le castigaron, decía: ¡Ay, mi cocidito, mis uvitas y mi pan!

[Valeriana Gil]²⁶

Como en todo lugar de economía mediterránea, las viejas casas gualiseñas, precedidas siempre de un largo corral, se sombrearon por la parra y por la higuera. Parras hubo con fama de buen fruto:

De la que más me acuerdo yo era de la señora Nieves. Era vecina nuestra, allí en la calle del Caz, y íbamos mucho a su casa, porque tenía un corral con un pozo que tenía el agua muy buena, y con una lata bien limpia sacábamos el agua. Tenía una parra con unas uvas que nos daban en la cara, pero descuida que las tocáramos... Bueno, pues aquella mujer gastaba el refajo colorao y muchas veces, cuando andaba trajinando por el corral, se subía las faldas y la veíamos el refajo colorao.

[Paca Arroyo]²⁷

25 Informes dictados por Valeriana Gil Rubio, de 85 años de edad. Recogidos el día 12 de octubre de 2013 por J. M. Fraile Gil. Su padre fue Mariano Gil García (1885-1965). Ni que decir tiene que el común de los mortales en Guadalix y en toda tierra de garbanzos comían cocido cotidiano, si bien eran pocos los que iban a la carnicería a por lo que llamaban *el diario*, pues el tocino, el chorizo y los huesos eran la única sustancia animal que no faltaba; aumentando con un *relleno* a base de huevo, pan rallado, ajo y perejil el condumio si había huéspedes.

26 El testimonio alude a Santos Ballesteros Gil (1926-1997), quien junto a su esposa Lali Esteban Revilla me recibió en su casa de la calleja Mari Paz, contándome ambos un sinfín de anécdotas y detalles que guardo en mis cintas y mi memoria.

27 Francisca Arroyo Clemares (1923). Bisnieta del último sastre tradicional que cortó y cosió en Guadalix de la Sierra, Paca conserva en su prodigiosa memoria un sinfín de detalles que me sirvieron para reconstruir la vida en los barrios altos del pueblo —*Chamberí* (en el último tramo de la calle Mayor) y El Palenque— en los años anteriores a la Guerra Civil. La señora Nieves *la ajera* se apellidaba González Rubio (1883-1967), y como testimonian los informes de Paca, fue una de las últimas serranas que en Guadalix presumió el destello rojo de su refajo bajo las negras faldas.

Esa abundancia de parras en los corrales hizo verosímil la cuarteta que escuché muchas veces cantar en tiempo de jota:

Despierta si estás dormida, / y si no dime qué haces,
mira que se están llevando / de la parra los agraces.

[Benita Gamo]

Muchos achacan a la filoxera el final de este cultivo en tierras gualiseñas: *Luego vino la filoxera, y eso fue la puntilla el toro. Acabó con todo* [Valentín García]; y otros a la poca rentabilidad que tenía el vino hecho en casa frente al embotellado de bajo costo que comenzó a venderse en el pueblo: *Aquello ya no era rentable*. Lo cierto es que, como indiqué al comenzar este artículo, en las últimas décadas del pasado siglo ya no había viñas en este pueblo. Y ya envueltos en la bruma de la niebla, copiaré aquí por su rareza los párrafos que dedicó a Guadalix el autor de una auténtica guía turística, la primera según creo, de lugares madrileños. Aunque en ella no aparecen los verdes pámpanos de las vides que en 1928 cubrían aún gran parte de su término, el paisaje que nos pinta hace entornar los ojos a quienes aún recordamos aquella vega feraz que desertizó el agua de un embalse:

«El sitio más ameno de estos contornos es la ermita de la Virgen del Espinar, a un kilómetro del pueblo, hacia la izquierda de la carretera de Pedrezuela. Para encontrar el camino, una vez en la carretera, oriéntense por un manantial que se ve cerca de la cuneta (de aguas bicarbonatocálcicas), llamado El Pilancón»²⁸.

28 Antonio Cantó, *El turismo en la provincia de Madrid*. Madrid: Imprenta Alpha, 1928. Pág. 155.

DE LA GRAMÁTICA*

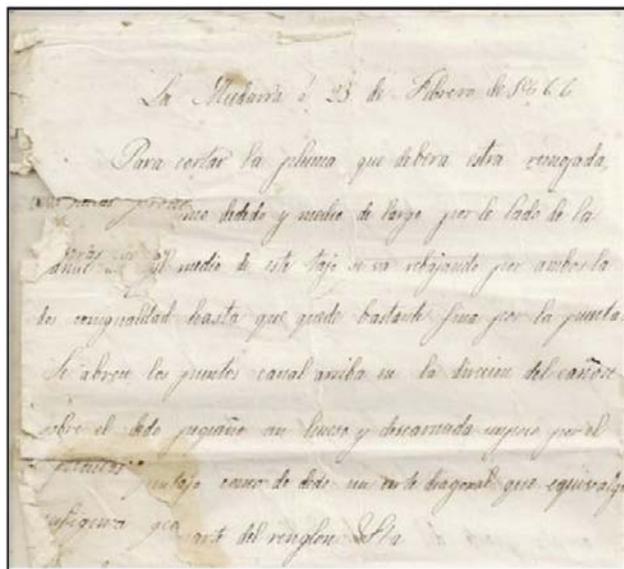
Justino Rodríguez

Si en otra página de la revista trimestral *El Santillo* he hablado de la escuela de hace 160 años, aquí voy a contar algo que en esta época de avances tecnológicos puede parecer anacrónico. Por aquel entonces en que la gramática se dividía en cuatro partes (Analogía, Sintaxis, Prosodia y Ortografía) los materiales eran rudimentarios, de fabricación casera u obtenida de forma natural y los manuales de aprendizaje, si es que existía, los fabricaban los mismos alumnos y pasaban de unos a otros en el transcurso de los años.

Conservo alguno de esos manuales y aquí voy a mostrar dos. El primero es un ejercicio de caligrafía del año 1866 cuando era maestro D. José Nágera basado en un trabajo realizado en tiempos del maestro D. Fulgencio Gregorio. Este ejercicio de caligrafía, repetido varias veces, presenta la curiosidad de que narra cómo se fabrica una pluma para escribir:

Para cortar la pluma que ha de estar remojada se da un tajo como de dedo y medio de largo por el lado de la canal. Desde el medio de este tajo se va rebajando por ambos lados con igualdad hasta que quede bastante fina por la punta. Se abren los puntos canal arriba en la dirección del cañón sobre un hueso y descarnado. Un poco por el lomo se da un corte diagonal que equivalga a la quinta parte del renglón (sigue el alfabeto en mayúscula y los números hasta el diez).

Y el segundo, también de caligrafía, narra cómo utilizar la pluma anterior, aunque lo difícil es entender su significado con palabras hoy en desuso.



Para que la letra tenga un claro oscuro hermoso es necesario que además de seguir en su formación las reglas presentes, esté la pluma en buena posición. Se conocerá que lo está si poniendo sus hendidura en el caído, el punto derecho de la línea superior del renglón y llevándola hacia abajo por la derecha atravesando un caído con todo su grueso, quede el punto de este lado en la línea de división y tercera parte del vacío tomado de dos caídos.

Escrito por mano y pluma, firma Lucio Mozo Fernández Viejo Mozo

* Artículo originalmente publicado en la revista trimestral «El Santillo» de La Mudarra (Valladolid)

Lámalo compartir Lámanos futuro

Caja España y Caja Duero hemos dicho sí a crear juntas un gran futuro. Nace una nueva Caja, abierta a todos, en la que sumamos nuestras fuerzas para ofrecerte cada día el mejor servicio.

Caja España 

Caja Duero 